626:12

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMÁTICA

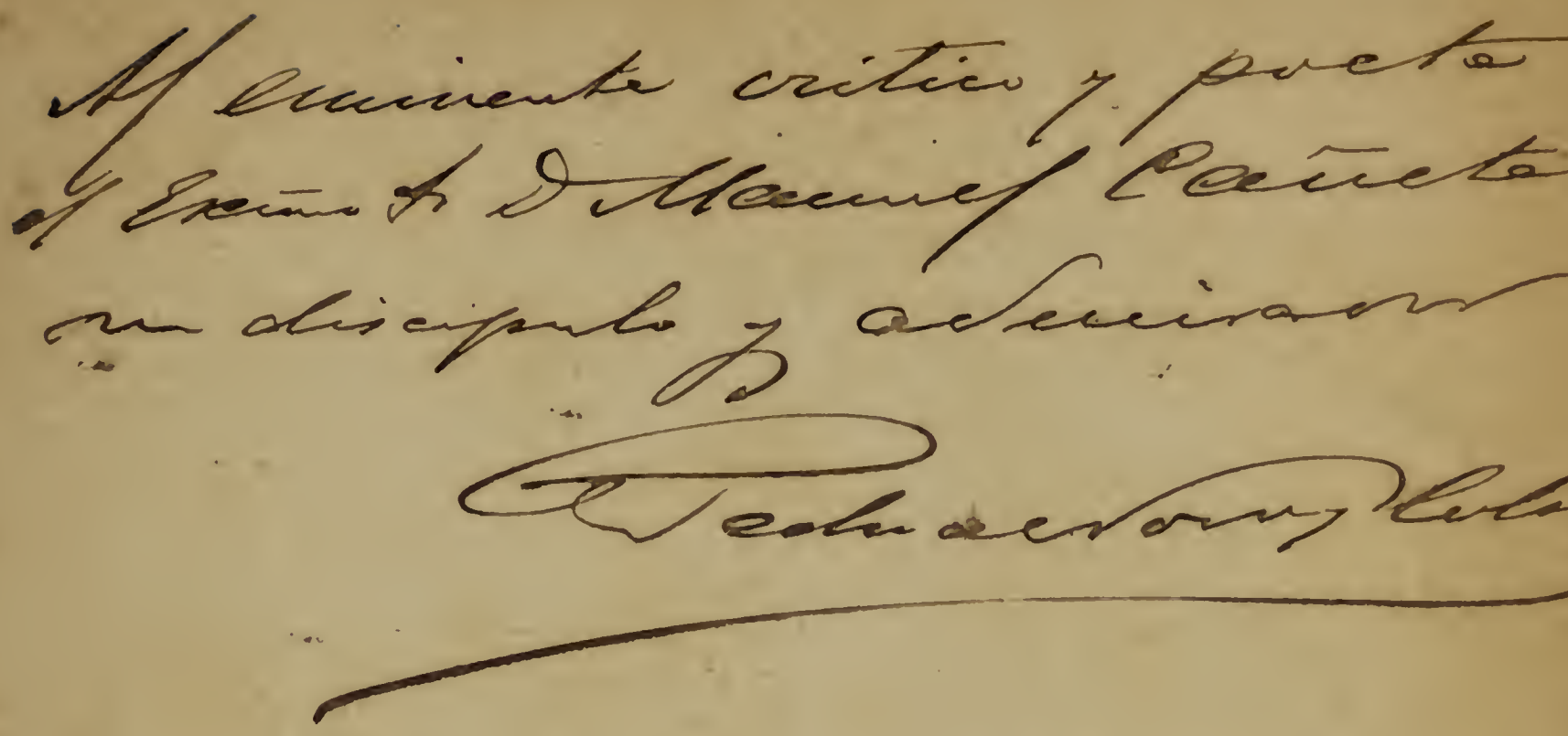
UN
ARCHIMILLONARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y CÓLSON

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
—
1886



UN ARCHIMILLONARIO

UN

ARCHIMILLONARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y CÓLSON, 1846-1931.

Representada en el Teatro de la Princesa el día 23 de Febrero de 1886

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
—
1886

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Dedica esta obra su entusiasta admirador y verdadero amigo

Pedro de Novo y Colson.

REPARTO.

PERSONAJES.		ACTORES.
Clara.....	Srta. D.ª	Elisa Mendoza Tenorio.
Concha.....	—	María Guerrero.
La Baronesa de Rocas..	—	Clotilde Lombía.
D. Felix de Signey....	Sr. D.	Miguel Cepillo.
El Duque de Toledo...	—	Claudio Compte.
El Conde de Noya.....	—	Enrique Sánchez de León.
El Barón de Rocas.. .	—	Ramón Rosell.
Fernando Ruíz.....	—	José Rubio.
El Marqués de Garval.	—	Emilio Mario.
Un ugier.....	—	Martínez.
Un mayordomo francés..	—	Muzas.
Un criado.....	—	Guzmán.
Dos Hermanas de la Caridad.		

ACTO PRIMERO.

Salón muy rico en casa del Duque. A la derecha (del actor) un velador con escribanía. Entrada general por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE.—CONCHA.

(Concha, delante de un espejo, se contempla un hermoso vestido, llena de alegría. El Duque, sentado, revuelve los papeles de su cartera de bolsillo.)

CONCHA. Precioso, sí: pero también es demasiado rico... No hay duda que me favorece mucho... parezco mejor de lo que soy. (Volviéndose.) ¿Es verdad, papá?

DUQUE. ¿Qué, hija mía? (Muy distraído.)

CONCHA. (Volviendo á mirarse.) Sobre todo, este peinado me asusta un poco... ¡Nunca me habían peinado así!... Tan á lo gran señora... ¡Y cuánto favorece! ¿Verdad, papá? (Este no responde. Concha se dirige á él.) Pero no me haces caso.

(El Duque guarda la cartera, se levanta y contempla á su hija como arrobado.)

DUQUE. ¿Cómo que no?... A ver... ¡Perfectamente! (Es una monada esta chiquilla.)

CONCHA. ¿Crees tú que... que Enrique no me hará burla?

DUQUE. ¿Enrique?... ¿Burla? Harto hará con no quedarse embobado y con que yo no me burle de él.

CONCHA. Es tan noble... tan...

DUQUE. Demasiado quizás. (Pensativo y algo sombrío.)

CONCHA. ¿Demasiado?

DUQUE. Sí: cuando se llevan al extremo las ideas del honor y del deber, son una desdicha, un peligro.

CONCHA. No te comprendo, papá.

DUQUE. Eres muy niña... y Enrique algo Quijote. (Concha se pone seria.) ¿Nos enojamos? Eh: ya sabes que á pesar de eso lo estimo mucho.

CONCHA. ¿Sí? (Recobrando su alegría.)

DUQUE. Y prúebalo que muy pronto ha de venir para firmar sus esponsales contigo.

CONCHA. ¡Ah! (Saltando.)

DUQUE. Y que no tardará diez minutos el muy tirano.

CONCHA. ¡Ay, papá, qué feliz soy!

DUQUE. ¿Tanto le amas?

CONCHA. Tanto... no: ¡mucho más!

DUQUE. Es bastante. (Con sorna.)

CONCHA. ¡Ay, Dios mío! (Transición.) ¡Pero si yo debiera estar muy triste!... Sí. Yo tengo mal corazón. Había olvidado á Clara, lo que ella sufre, lo desgraciada que es... ¡Pobre hermana mía!

DUQUE. Vamos, Concha... ¿Otra vez? (Con gesto iracundo mal disimulado.)

CONCHA. Perdona, papá. (Secándose una lágrima.)

DUQUE. Son exageraciones. Ciertamente que tu hermana sufre mucho; pero su buena tía la consuela de sus pesares y de su separación de

nosotros... No he accedido á tu deseo de llamarla, porque su presencia, en estos momentos, fuera un suplicio para ella y para ti también... ¿Lo comprendes, Concha? (Turbado y sombrío.)

CONCHA. Sí, (como medrosa) pero lo que no comprendo y lo que más me entristece es...

DUQUE. ¿Qué?

CONCHA. No me atrevo á decirlo... vas á enfadarte.

DUQUE. Entonces, calla. (Preocupado.)

CONCHA. Te lo diré,... sí, te lo diré; lo que más me entristece es que siendo Clara tan buena... parece que... la quieres menos que á mí... (Llora.)

DUQUE. ¡Basta, Concha!... ¡Disparatas! (Con enfado alejándose de ella.)

CONCHA. Sí, sí. La quiere menos, y es mejor que yo: mucho mejor que yo. (Aparte.)

ESCENA II.

DICHOS.—EL BARÓN.

(Un criado, de gran librea, asoma por el fondo y anuncia al Barón. El Duque se sobresalta y Concha lanza un grito de alegría.)

CRIADO. El Sr. Barón de Rocas. (Vase.)

DUQUE. ¡Mi cuñado! ¿Qué habrá sucedido?

CONCHA. ¡Traerá noticias de Clara!

BARÓN. (Entrando.) Sí, sobrina mía: sí mi caro Duque. (Los abraza.) Traigo algo más que noticias: traigo á Clara en persona.

(El Duque rechaza con alguna brusquedad el abrazo del Barón.)

DUQUE. ¿La traes aquí?... ¡sin mi consentimiento!... ¡á pesar de mi absoluta prohibición! Pero, ¿y mi hermana? ¿Donde está?... ¿Como ha permitido...?

BARÓN. La Baronesa no tardará en aparecer...

CONCHA. ¿Con Clara?

BARÓN. Sin duda.

CONCHA. ¡Ay que alegría! (Al reparar en el gesto de su padre procura reprimirse.)

DUQUE. (Ira de Dios.)

BARÓN. Ella te explicará el motivo de su venida. Yo lo ignoro. Anteayer me dijo de repente la Baronesa... «Escucha, Juan,—ella nunca me llama Barón—escucha, Juan: antes de dos horas saldremos para Madrid.»—Tú sabes, Duque, que es inútil resistirla; así, pues, me disculpé con unos amigos á quienes había yo convidado á almorzar en Palais-Royal y puntualmente salimos en el espress. La Baronesa estaba de humor endemoniado y Clarita más triste que nunca.—¿Pero qué significa este viaje? le pregunté sonriendo.—«Escucha, Juan—me contestó tu hermana—eso nada te importa.»—Ya sabes que cuando la Baronesa se halla de mal humor no se la puede contrariar.—Callé, dormí y fumé hasta que, llegados á la corte y sin necesidad de interrogarle yo, me dijo la Baronesa.—Vete en un carruaje á casa de mi hermano (ella nunca te llama Duque) y dile que antes de media hora estaré allí con su hija Clara.

DUQUE. ¿Y tú?

BARÓN. Obedecí inmediatamente. Ya sabes que cuando...

DUQUE. ¿De modo que va á llegar ahora mismo?

BARÓN. Sin duda... á no ser que se le ocurra volver á Paris... ó ir á otra parte...
DUQUE. Bien está. (Vase por la izquierda bruscamente.)
CONCHA. ¡Que extraña inquietud!... ¡Dios mío!

ESCENA III.

EL BARÓN.—CONCHA.

BARÓN. ¡Vaya un modo brusco! Estos nobles de abolengo se creen dispensados de toda cortesía. Pues á bien que mis almacenes de maderas no valían menos que sus pergaminos apolillados... Pase que mi señora la Baronesa tenga humoradas con su marido... es correcto; pero los demás...
CONCHA. ¿Tío? (Con dulzura acercándose.) ¿Tío?
BARÓN. ¿Te parece bien esta manera de recibirme?
CONCHA. Perdónelo usted, tío... su disgusto...
BARÓN. ¿Disgustado por que le traemos á su hija? ¡Extraño disgusto! pues ella mostraba un afán de verlo que él no se merece...
CONCHA. ¿Ella?
BARÓN. ¡Vaya! cien veces repetía: «qué camino tan largo,» «qué impaciencia tengo.»
CONCHA. Pobrecilla. (Llora.) ¿Y... está más consolada de su desgracia?
BARÓN. No lo creas. Lo mismo que cuando la dejó tu padre en nuestra casa de Paris hace diez meses... (Repara con sorpresa y gusto en el vestido de Concha.) Pero, no había reparado... ¡Conchita, qué resplandeciente y qué bella! ¿Donde vás á lucir esas galas?

CONCHA. (Volviendo á su alegría y ruborizándose.) ¡Ah! es verdad... Aguardo á Enrique.

BARÓN. ¡Al Conde de Noya! tu futuro...

CONCHA. Sí, tío, sí.

BARÓN. ¿Acaso es hoy la boda?

CONCHA. No, señor, los esponsales.

BARÓN. ¡Ajajá! Cuánto me alegro: porque es un guapo chico, muy franco y sobre todo muy valiente. Mira que cuando casi solo, cargó á una partida insurrecta y la puso en fuga...

CONCHA. Entonces lo hicieron Coronel. (Con entusiasmo.)

BARÓN. Sí: entonces le deshicieron un muslo. ¿Pues y despues en Cataluña cuando arrolló á tres batallones del pretendiente, con sus húsares?

CONCHA. Sí, sí: allí ganó la cruz laureada. (Con creciente entusiasmo.)

BARÓN. ¡Sí: allí le partieron un brazo! ¡Vaya un mozo! ¡Qué bruto es!

CONCHA. ¿Pero, tío?

BARÓN. ¡Quiero decir, qué valiente! ¡qué audaz!... Lástima que tenga poco dinero. Los derroches de su padre le han dejado más deudas que...

CONCHA. ¿Y eso qué importa? á nosotros nada.

BARÓN. ¿No? pues á los demás positivamente menos!... ¿Dime, esperáis á mucha gente?

CONCHA. A los testigos.

BARÓN. ¿Quiénes son?

CONCHA. Varios amigos de casa... El Marqués... de... no recuerdo de qué... el Presidente del Consejo.

BARÓN. ¿De qué Consejo?

CONCHA. Del Consejo de Ministros. Es amigo de papá.

BARÓN. ¡Hola!

CONCHA. Y por parte de Enrique esperamos al señor D. Félix de Signey, á quienes todos llaman el Archimillonario.

BARÓN. ¡Cómo! ¿Mr. Signey? ¿va á llegar aquí?... ¿pero será el mismo?

CONCHA. ¿Usted lo conoce?

BARÓN. Personalmente, no; ¡pero es el Rey de la Bolsa en Paris, el Creso de Australia, el amo de cien minas!... Y yo en este traje... ¡Qué contrariedad!

ESCENA IV.

DICHOS.—LA BARONESA.—CLARA.

(El criado (sin anunciar) levanta el portier mientras pasan la Baronesa y Clara. Apenas las distingue Concha sale al encuentro de su hermana y la abraza tiernamente.)

CONCHA. ¡Ah! ellas son... ¡Clara!

CLARA. ¡Concha mía! (Se abrazan.)

BARONE. (Al Barón.) ¿Donde está mi hermano?

(El Duque aparece en la puerta y se detiene.)

BARÓN. ¡Míralo! (A la Baronesa. Esta se dirige al Duque y juntos vanse por la izquierda sin hablar y cerrando la puerta: las dos jóvenes no reparan en ello.)

BARÓN. Ahí tengo el equipaje... Me vestiré en un vuelo. (Vase por el fondo.)

ESCENA V.

CLARA.—CONCHA.

CLARA. ¡Vas á ser feliz! ¡cuánto lo mereces!... ¿porqué me miras de ese modo?... ¿por qué lloras?

CONCHA. Por que no puedo remediarlo... porque esa

cara no es la tuya; ¡qué pálida, qué triste! ¡Tú sufres mucho!

CLARA. Es verdad.

CONCHA. Tú necesitas de mi cariño. ¿Por qué no vives con nosotros?

CLARA. ¿Contigo?

CONCHA. Y con papá... ¡Ah! perdona (confusa) ya sé que papá no lo permite.

CLARA. ¿Te lo ha dicho él?

CONCHA. Sí.

CLARA. ¿Y que más te ha dicho?

CONCHA. Nada más.

CLARA. ¿Habla de mí pocas veces?

CONCHA. Ay, muy pocas.

CLARA. ¿Y recibe con frecuencia á alguna persona en visita reservada?

CONCHA. ¿Alguna persona?

CLARA. Sí, hombre ó mujer, es lo mismo.

CONCHA. No lo sé, hermana mía; como son tantos los amigos que entran en su despacho, y allí está solo...

CLARA. ¡Calla! (Señalando al Duque que aparece seguido de la Baronesa.)

CONCHA. (¡Me hallo confusa!)

ESCENA VI.

DICHOS.—EL DUQUE.—BARONESA.

(Salen ambos y aquel se aproxima á Clara lentamente.)

BARONE. (Desde la puerta.) Mucha prudencia. (Aparte.)

DUQUE. Pierde cuidado. (Al ver que Concha permanece cerca de Clara, dícele á aquella.) ¿No besas á tu tía?

BARONE. Es una ingrata. (Con dulzura acercándose y abrazándola.) Ven acá. ¿Ya no recuerdas los mimos de otros tiempos? ¿Ni aquellas enormes muñecas que yo te enviaba y que eran tu delicia?

(Concha no escucha y sigue ansiosa los movimientos de su padre. Este no acaricia á Clara y Concha al observarlo está á punto de llorar.)

CONCHA. ¡Ay, Dios mío! ¡no la abraza!

BARONE. Vamos, decididamente no me quieres ya.

(Con despecho: el Duque que repara en el asombro y disgusto de Concha, abraza á Clara. Concha entonces salta de slegría, colgándose al cuello de la Baronesa.)

CONCHA. ¡Ay, sí, sí! ¡La ha abrazado; la ha abrazado!

BARONE. ¿Quién?

CONCHA. ¿Y yo te quiero mucho tiita, mucho, muchísimo!

BARONE. ¡Gracias á Dios! ¡Ahora escucha un secreto, zalamera! (Hablan bajo, la Baronesa saca y le coloca un medallón en el pecho. Mientras el Duque conserva abrazada á Clara, pero sin efusión.)

DUQUE. ¿Con que te rebelas y amenazas?...

CLARA. No amenazo, suplico.

DUQUE. Sabes que por ahora es imposible.

CLARA. Padre mío, no puedo esperar más.

DUQUE. ¡Hija ingrata!

CLARA. Eres injusto y cruel.

DUQUE. ¡Silencio!... luego hablaremos.

ESCENA VII.

DICHOS.—EL CONDE.

CRIADO. (Anunciando.) El Sr. Conde de Noya.

(Entran, el Conde vestido de coronel de húsares, de gala y sin otra cruz que la laureada de San Fernando.)

CONDE. Señora Baronesa. (La saluda ceremonioso y le da la mano. Vuelve hacia Concha con más afecto.) Concha mía! (Con cariño y al oído.) ¡Qué hermosa estás! (Acercase al Duque.) Querido Duque... (Repara en Clara y se dirige á ella con sorpresa y respeto, y estrecha su mano.) ¡Ah, tu hermana aquí?... Clara, pobre Clara, tarde he conseguido ver á usted para expresarle mi sentimiento; pero crea que más de una lágrima me ha hecho derramar la misma pena que á usted aflige.

CLARA. Gracias, Conde.

CONDE. Acaso mi presencia despierte en usted recuerdos dolorosísimos... perdóneme, pues yo ignoraba...

CLARA. Así es... tampoco yo sabía que... mas no debo turbar la ventura de ustedes. (Procurando sonreir.) Después, más serena, más resignada con mi suerte, volveré.

(Vase por la derecha y la Baronesa la sigue. El Duque hace un ademán de sufrir moralmente. Los demás quedan pensativos.)

ESCENA VIII.

EL BARÓN.—EL DUQUE.—EL CONDE.—CONCHA.

(El Barón, de etiqueta, entra por el fondo y se acerca al Conde y le estrecha la mano.)

BARÓN. ¡Oh, mi querido amigo Conde! Sepa usted que deseo conseguir la intimidad del señor Signey... He oído de él cosas estupendas... (Fijándose en la tristeza de los dos.) Pero ¿qué tienen ustedes?... ¡Vaya unos novios! (Al Conde.) Mire usted á esos ojos y no al suelo, coronel. El enemigo está allí.

(El Conde y Concha se miran y sonríen; luego se aproximan recobrando su animación.)

CONDE. ¡Qué egoistas somos, ángel mío!

BARÓN. Con que...

CONDE. No tengo dificultad en presentarlo á usted, Barón; pero le advierto que mi amigo es un hombre como los demás; que no hace nada de extraordinario, ni esas excentricidades á que tan inclinados son los Fúcares de todas las épocas. Es franco y severo á la vez; sus limosnas representan un gran caudal, sí; mas con relación á sus rentas, da lo mismo que usted ó que yo.

BARÓN. Su historia será notable...

CONDE. Es muy sencilla: recuerda á la de los Vanderbilt, Mackay y otros Cresos americanos. Félix llegó á Australia sin recursos; á poco descubrió los criaderos auríferos de Signey, y ocho ó diez años después era uno de los

hombres más ricos del mundo. Harto de riquezas quiso instruirse, y en otros ocho años se ha convertido en un perfecto *gentleman:* habla varios idiomas; ha visitado todas las naciones, y conoce más que medianamente el corazón humano. (Preocupándose.) Es algo escéptico, pero excelente amigo.

DUQUE. Creo que nació en España.

CONDE. Sí; pero se ausentó muy joven, y hasta hace pocos días no había vuelto á su patria.

DUQUE. ¿Dónde le conoció usted?

CONDE. En Niágara Falls nos vimos por vez primera. Nuestra condición de compatriotas nos aproximó momentáneamente, y más adelante en la mutua simpatía echó raíces la amistad... Ni él me debe nada, ni yo le debo á él. No nos hemos prestado ningún servicio. Quizá por eso nos queremos casi como hermanos. Pero basta del Sr. Signey. Al lado de Concha no debo dedicarle un tiempo que él no podría comprar con todas sus riquezas. ¿Es cierto, querido Duque?

DUQUE. Pídala usted opinión.

CONCHA. Me ha interesado tu amigo y desearía saber á qué ha venido á Madrid.

CONDE. Por simple curiosidad; y ya le pesa.

DUQUE. ¿Por qué?

CONDE. Porque lo comprometen é importunan.

BARÓN. ¡Ya! Los banqueros equilibristas...

CONDE. No.

BARÓN. ¡Ah! ¡Torpe! (Al oido,) Las demi-mondaines.

CONDE. Tampoco... El primer Ministro.

DUQUE. Usted se burla, Conde.

CONDE. No. Y nada tiene de particular ni de censurable. Ya sabe usted que la vida del Gobierno

depende del resultado que obtenga ese empréstito de doscientos millones que...

DUQUE. Sí; así es.

CONDE. Que se ha emitido en condiciones ventajosas á España, y muy difíciles por consiguiente.

DUQUE. Con demasiado optimismo.

CONDE. Pues bien: se solicita que la casa Signey cubra ese empréstito.

DUQUE. ¿Y usted cree que acceda?

CONDE. Me ha dicho que no; y que sólo aguarda para ausentarse á que se celebre nuestra boda.

BARÓN. ¿Quiere asistir?

CONDE. Sí, como padrino.

BARÓN. ¡Bien! Mi enhorabuena, Conchita: ¡felicito á usted, Conde! El regalo será regalo de príncipe...

CONDE. (Con seriedad y altivez.) ¡Señor Barón! Cuando un hombre honrado y pobre acepta la intimidad de un poderoso, debe suplir su desnivel con dignidad y engrandecerla tanto, que aleje todo peligro de humillación, todo recelo de hallarse comprado en su afecto... El Sr. Signey es inmensamente rico, y sin embargo posee un amigo leal. Esa rara fortuna la debe á mí. Es de las que no se adquieren con oro. El me conoce mucho, y no temo, no, que se resigne á perderla. Así, pues, he admitido gustoso que apadrine mi boda y espero tranquilo su regalo, que será, indudablemente, el más modesto de todos, y por lo mismo de los más gratos á Concha... ¿No es cierto, vida mía?

CONCHA. ¡Enrique! Mereces que te ame con todo mi corazón. (Al oido siguen hablando.)

(El Barón se aproxima al Duque que permanece pensativo.)

BARÓN. Tu futuro yerno es un ente original. ¿Comprendes esas exageraciones?

DUQUE. (Hablando consigo.) Comprendo la urgencia de efectuar el matrimonio.

BARÓN. ¿Qué dices?

DUQUE. Nada, no digo nada. (De mal humor.) (Esas ideas me asustan. No quiero ver desdichadas á mis dos hijas...)

ESCENA IX.

DICHOS.—EL MINISTRO.—D. FÉLIX.—RUÍZ.
BARONESA.

CRIADO. (Anunciando.) ¡El Sr. Marqués de Garval! ¡El Sr. D. Felix de Signey!

BARÓN. Puntual como un inglés. Vamos á conocerle. (Se levanta.)

(El Marqués ó Ministro trae puesta alguna condecoración. Ruiz una cinta roja en el ojal. Entran del brazo el Ministro y D. Félix. Al pasar el umbral se separan y acuden á saludar á la concurreucia. El Ministro se dirige á Concha y luego á la Baronesa que ha entrado á la vez que ellos. El Conde sale al encuentro de don Félix y lo presenta al Duque.)

CONDE. Duque, tengo el gusto de presentarle á don Felix Signey, mi mejor amigo... (Se estrechan la mano.) La Baronesa de Rocas y su esposo... (Señalando de lejos.) Tíos carnales de mi futura. Concha (lo acerca á ella) que desea estrechar tu mano y quererte como yo te quiero.

FÉLIX. Señorita, (contemplándola asombrado y sonriente)

cuando la realidad excede á lo que hemos imaginado superior, no acuden palabras á los labios, hábiles entonces solamente para imprimir el signo de un dulce vasallaje. (Toma la mano de Concha y la besa con exquisita galantería de ademán y afecto respetuoso.)

CONCHA. (Turbada.) Caballero...

CONDE. Ja, ja... No la ruborices.

FÉLIX. Bellísima y modesta... Te felicito con el alma... Es digna de ti. (Vuélvese hacia los demás.)
(Entretanto el Ministro ha saludado á todos y está hablando con la Baronesa y el Duque. El Barón contempla y oye embobado á D. Félix. Ruíz se mantiene apartado.)

DUQUE. (Invitando á que se sienten.) Sr. D. Félix... Marqués... Sólo esperamos al notario que no debe tardar.
(El Conde repara en Ruíz y se le acerca rápidamente.)

DUQUE. Perdón, amigo mío... Señores, (presentándolo) D. Fernando Ruíz, caballero de la Legión de honor y secretario del Sr. Signey. (Se saludan.) No temo asegurar que es el secretario más inteligente de Europa... una maravilla.

RUÍZ. Sr. Conde. (Con modestia.)

DUQUE. Aquí, Sr. Ruíz. (Le señala asiento á su lado.)
(Se sientan todos en el orden que juzgue más conveniente el Director de escena.)
Sr. Signey: con razón podemos calificarle de extranjero en su patria. Estará usted sorprendido del cambio favorable que Madrid ha experimentado.

FÉLIX. Con efecto, Sr. Duque: encuentro mejorado casi todo...

DUQUE. ¿Casi todo? Cuidado, Sr. Signey, no exceptuemos á los Ministros, que el Presidente del Consejo protestaría.

MINISTR. ¡Ay amigo mío! Nuestra condición no es susceptible de mejora. En la balanza todos pesamos lo mismo con corta diferencia, porque sobre nuestro peso natural, que sería muy vario, arrojan un lastre de muchas toneladas, que nos anula y equilibra. Créame usted, no son los gobiernos, sino el país, quien debe mejorar. ¿En cual otro, Sr. Signey, ha encontrado usted como males crónicos la holganza, la empleomanía y los pronunciamientos?

CONDE. ¡Sr. Presidente! (Enojado.) Ya no se hacen pronunciamientos...

MINISTR. Está usted equivocado, coronel...

CONDE. Si el respeto y la disciplina lo permitieran, diría yo al Sr. Presidente...

MINISTR. ¿Que necesito probarlo?

CONDE. Sí, señor.

MINISTR. Pues bien: por parecer unánime del Consejo de guerra, mañana será fusilado un capitán de ejército... ¿Quiere usted prueba más triste?

CONCHA. (Cubriéndose la cara.) ¡Dios mío!

CONDE. Fatalidad. (Con ira y vergüenza.)

CONCHA. ¡Fusilado!... ¡qué horror!... y ese pobrecito tendrá madre...

MINISTR. Sí: que me ha desgarrado el alma. Perdone usted, señorita, yo debí ocultar siempre nueva tan...

CRIADO. (Desde la puerta.) El Sr. Notario espera en el salón las órdenes de V. E. (Vase.)

DUQUE. Vamos, hija mía. (Todos se levantan.)

CONCHA. ¡No!... (Resistiéndose.) ¿Quieres que firme con lágrimas? Fuera mal presagio.

CONDE. Pero, Concha, mira...

CONCHA. Sólo miro ahora á un reo en capilla, á una

madre loca, á una muerta en pié que será la infeliz mientras respire... porque como ella es inocente no la quitarán también la vida...
(Llora.)

DUQUE. Vamos, tranquilízate... ¿No ves al Marqués conmovido? El puede acordar el indulto... Pídeselo tú en nombre de todos.

CONCHA. ¡Ah! Sí, sí.

MINISTR. ¡Imposible! (Con resolución.) Mis compañeros se han opuesto enérgicamente hace dos horas... por razón de Estado.
(Concha se aparta llorando.)

CONCHA. ¡Qué crueles son los hombres!

MINISTR. Felices quienes pueden dar oídos sólo á la compasión. Los delitos militares se castigan con rigor, no por lo que tengan de odiosos, sino por sus terribles consecuencias. La intentona de un hombre ambicioso ó fanático suele producir mil desgracias y acabar con centenares de inocentes. ¡Qué mayor injusticia!

CONCHA. Enrique, suplícale tú.

CONDE. Señor Ministro... ese fallo...

MINISTR. ¡Cómo! usted, coronel, también me dice...
(Con extrañeza.)

CONDE. Yo digo esto: si un militar ha perdido el honor, ¿para qué le sirve la vida?... ¡Me asombro de que la conserve!

DUQUE. (Implacable.)

CONDE. Pero si aún se estima una cosa tan mermada... entonces... solicito también el perdón de ese reo.

MINISTR. Con harto dolor, repito que es inútil. (Se aleja disgustado.)

CRIADO. (Desde la puerta.) Si V. E. me permite...

DUQUE. ¿Qué ocurre?

CRIADO. Una señora alborota en el portal y quiere á todo trance ver á S. E. el Sr. Ministro; dice llamarse la viuda de Ramírez.

MINISTR. La madre del capitán; ¡pobre mujer!

CRIADO. Grita que su hijo Fernando no debe morir; en fin, señor, á todos nos ha conmovido.

MINISTR. Duque, no puedo recibirla. Evitemos una escena dolorosa y sin resultado.

CONCHA. El cielo la envía á esta casa. Enrique, si somos indiferentes á su dolor, mañana Dios lo será para los nuestros. Voy á verla. (La detienen.)

CONDE. ¡Concha! (La entrega al Duque.) Cuide usted de su hija.

(El Duque habla con Concha, que no cesa de llorar. También se le acercan el Barón y la Baronesa. El Conde se dirige á D. Félix con aire triste.)

CONDE. Félix.

FÉLIX. ¿Conoces al reo?

CONDE. Sí; Ramírez es un mala cabeza, pero tiene buen fondo. ¿Podrías tú?... (Señalándole al Ministro.)

FÉLIX. Lo intentaré. (Se dirige al Ministro, con el que pasea en conversación. El Ministro revela asombro. Entretanto Ruíz, que sigue los movimientos de D. Félix, ha sacado una cartera y escribe sobre el velador. El Conde vuelve á acercarse á Concha.)

DUQUE. Hija mía, considera cuántos horrores como este ocurren en el mundo, sin que podamos evitarlos. Yo te ofrezco que esa madre desgraciada no vivirá en la miseria. En esta casa le daremos pan y abrigo... Vamos, Concha; lo que es imposible no se halla en nuestra mano.

CONCHA. Pero ¿es imposible, Dios mío? (Siguen hablando.)

FÉLIX. Hablemos claro, Marqués; un cambio de Gobierno en estos instantes sería peligroso al régimen...

MINISRT. Peligrosísimo; por eso es inapreciable el favor que usted me ofrece...

FÉLIX. No que ofrezco, que cumplo en el acto. (Ruíz, sin que le llamen, ha acudido, y presenta á D. Félix un pliego de papel que éste firma y entrega al Ministro.) Tome usted mi obligación.

MINISTR. (Leyendo rápidamente.) ¡Cubre usted el empréstito!... ¡Ah, Sr. Signey!... el país le deberá á usted su tranquilidad y el Gobierno su vida.

FÉLIX. Pues bien; por la vida del Gobierno quiero la vida de un hombre... Firme usted... unos renglones, en los que ofreca á Conchita que el Gabinete aconsejará el indulto al Jefe del Estado. (Hace seña á Ruíz, que escribe en este sentido.)

MINISTR. ¿Es una disyuntiva?...

FÉLIX. Absoluta.

MINISTR. Este triunfo financiero (señalando el papel que firmó D. Félix) reporta tan gran prestigio al Gabinete que presido, un alza tan notable al crédito público de nuestro país, una fuerza moral y material tan positiva y resuelve tantos problemas, que ni en un loco cabrían vacilaciones para decidirse. No temo, pues, asumir la opinión de todos mis compañeros... Habríamos admitido sacrificios é imposiciones en cambio de un felíz resultado para el empréstito: ¿con cuánto mayor gusto aceptaremos su condición nobilísima? Ahora que tenemos fuerza (gracias á usted) podemos ser clementes. (Se acerca al velador y firma el papel que Ruíz le presenta.)

FÉLIX. Más vale así... (A Enrique.) Conseguido. (Se acerca á Concha, que sigue llorando.) Conchita, basta de lágrimas; el reo será perdonado!

CONCHA. ¿Perdonado... es verdad? (Se levanta radiante. D. Félix le señala al Ministro, y éste saluda.)

MINISTR. Sí, señorita.

(Concha se dirige al Ministro con ánimo de estrechar su mano.)

CONCHA. ¡Oh, gracias mil veces!...

(El Ministro la detiene y le dice con nobleza, señalándole á D. Félix.)

MINISTR. A mí, no; D. Félix lo salva. (Entregándole el papel.)

(Concha se dirige á D. Félix.)

CONCHA. ¡Usted!...

FÉLIX. Es mi regalo de boda. (Le entrega el papel del indulto.)

CONCHA. ¡Qué hermoso es; si viene del cielo!... estoy loca de alegría... quisiera abrazar á usted... por su buena elección. (Hace ademán de abrazarle, y D. Félix la detiene, empujándola dulcemente hacia Enrique.)

FÉLIX. Entonces... á Enrique. Él lo ha elegido.

(Concha se arroja conmovida en brazos de su novio.)

CONDE. ¡Dios te bendiga!

(Durante algunos segundos permanecen todos emocionados. Por fin Concha se incorpora, y dice con graciosa malicia.)

CONCHA. Ahora... á lucir mi regalo... Voy á preguntar qué le parece á la señora de Ramírez... (Al pasar junto á D. Félix le coge la mano y se la besa con rapidez, diciéndole): ¡En paz!

(Vase corriendo y saltando por el foro, seguida del Duque y la Baronesa.)

ESCENA X.

El Ministro.—El Barón.—El Conde.—D. Félix. Ruíz.

(Enrique abraza á D. Félix, que está conmovido.)

Conde. ¡Querido Félix!

Félix. Nunca había sentido semejante emoción. ¡Tu chiquilla es una alhaja!

Barón. (Al Conde.) ¿Decía usted que ese hombre no hacía nada extraordinario y resucita á los muertos? ¡Caracoles!

Conde. ¡Ea! vamos al salón... Completemos el día.

Félix. Vamos adonde quieras.

Conde. ¡Ah! enviaré un aviso al pobre muchacho.

Félix. ¿Al capitán?

Conde. Sí. (Va á escribir y Ruíz le detiene.)

Ruíz. No se moleste. Ya está hecho en nombre del conde de Noya.

(Le enseña otro papel. Enrique se llena de asombro.)

Conde. ¿Qué le parece al Sr. Ministro? (Por Ruíz.)

Ministr. Que ese joven es el reverso de los que solicitan credenciales.

(Dando los tres espaldas al público se dirigen al foro.)

Barón. ¡Si vale él solo por todo un negociado! (Vanse.)

ESCENA XI.

Ruíz.—Luego Clara.

Ruíz. Nota para la Intendencia de la casa sobre el empréstito... Telegrama al representante de Londres... Aviso á los Sres. Rostchild. Bien; ahora, negocio Ramírez. Parte al Ministro de la Guerra: urgente... Nota al interesado... No hay más.

(Ruíz continúa escribiendo en su cartera. Entre tanto sale Clara y se detiene en medio de la escena sin reparar en Ruíz: éste se fija en ella pasados algunos momentos.)

Clara. ¡Qué recuerdos evocan estas paredes!... Aquí jugué, crecí y soñé con venturas casi logradas... ¡Ay hermana mía! ¡Cuan distinta suerte hemos tenido! (Se sienta pensativa. Ruíz se acerca con sigilo y la contempla.)

Ruíz. ¡Una señora!... ¡No me engaño!... Es nuestra desconocida de Paris. La que tan viva impresión hizo en D. Félix las dos únicas veces que la hemos hallado por casualidad... Sabré quién es. (Tose.)

Clara. (Volviéndose sorprendida.) ¡Caballero!

Ruíz. Perdón, señora... ó señorita... Si molesto á usted...

Clara. De ningún modo... ¿Busca usted á mi padre?

Ruíz. ¿A su padre? (No hay duda, es ella.) Como no tengo el honor de saber quién es su señor padre...

Clara. El amo de esta casa.

Ruíz. ¡El Duque de Toledo! Ah, mil veces perdón,

señorita. Ocasiona mi torpeza la circunstancia de haber conocido á usted muy lejos de aquí.

CLARA. No recuerdo...

RUÍZ. La vez primera en el bosque de Boulogne, una tarde, hace dos meses. La segunda una mañana al salir usted de la iglesia de la Magdalena.

CLARA. Es posible, pero no recuerdo.

RUÍZ. Iba yo acompañando al Sr. Signey, un banquero á quien sirvo.

CLARA. Tampoco sé... pero usted no debe esperar. Llamaré para que lo conduzcan...

RUÍZ. Gracias, fuera inútil. Aguardo al Sr. Signey... Ya vuelven todos. (Se aparta á un lado y Clara vacila en ocultarse, quedando cerca de la puerta por donde salió.)

ESCENA XII.

DICHOS.—EL DUQUE.—EL BARÓN.—EL CONDE. D. FÉLIX.

(En la puerta se detienen un momento el Ministro, Concha y la Baronesa.)

DUQUE. (Desde la puerta dando la mano al Ministro.) Dispensado, amigo mío: para ustedes el tiempo es inapreciable.

(Avanzan al proscenio el Conde y D. Félix. Detrás el Duque y el Barón.)

FÉLIX. Repito que te debo un fausto día. He experimentado sensaciones que han sido para mí un descubrimiento, una revelación, y sobre

todo, un bálsamo que suaviza mi escepticismo.

CONDE. Tu único defecto: sin él serías dichoso.

FÉLIX. ¿Crees tú?... (Con ironía.)

DUQUE. (Contrariado al ver á su hija.) ¿Clara aquí?

FÉLIX. (Reparando en Clara con sorpresa.) Pero... esta señora...

CONDE. ¿Se conocían ustedes?

FÉLIX. No tengo la dicha de... Sólo en dos rápidos momentos la he visto y he admirado en esta señora su suprema distinción...

(El Duque, que se ha acercado, interviene.)

DUQUE. Sr. Signey, esta joven es mi hija Clara.

FÉLIX. ¿Hermana de Concha? ¡Duque! Mucho le ama á usted Dios.

DUQUE. ¿Cómo?

FÉLIX. Cuando en obsequio de usted se desprende así de sus ángeles mejores. (Estrecha á Clara la mano.)

DUQUE. Es demasiada lisonja...

FÉLIX. (Á Enrique.) Su mano arde... ¿Está enferma?

CONDE. Sí, Félix, sí. Clara, tan bella y tan niña, es ya una enferma del corazón. Hace un año era feliz. (El Duque se aleja sombrío.) Debía casarse muy pronto con un bravo oficial de mi regimiento, con Carlos de Arosa. Se adoraban, como Concha y yo. Un día nos llamó el deber á los campos de batalla... y allí, batiéndose á mi lado, cargando juntos al enemino, perdió Carlos la vida... Desde entonces llora Clara su amor desgraciado, lejos y sola, sin admitir siquiera los consuelos de su familia. Hé ahí su historia. (Clara llora.)

FÉLIX. ¡Pobre criatura! (Con profunda compasión.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—CONCHA.—BARONESA.

(Concha entra saltando de alegría. No repara en la tristeza de todos y llegándose primero á su padre le da unas palmaditas en la cara.)

CONCHA. Vamos, señores, el *lunch* nos espera... Lo he preparado, papaito. (Corre hacia el Conde y lo enlaza.) ¡Enrique, ofreceme el brazo!... así. (Da media vuelta.) ¡Ah! Sr. Signey... ¿ya lo conoces, hermana mía? (Habla nerviosa y emocionada.) Este caballero, no es un hombre... sino un mágico bienhechor... Figúrate á una madre loca de angustia, pidiendo en vano que no mataran á su hijo condenado á ser pasado por las armas. La ley implacable iba á cumplirse. Ni súplicas ni llantos conmovían al Gobierno... Pero mi padrino (señalando á Signey) dijo de repente ¡«Basta de lágrimas, tuérzase la ley, ábrase la cárcel y vuelva ese pobre hijo á los brazos de su madre anciana»...! Entonces el Gobierno bajó la cabeza como un corderito y luego... luego la triste anciana besaba la promesa del indulto y regaba de llanto mis pies, mientras un coro de bendiciones resonaba en la multitud... ¡Qué hermoso cuadro! ¿Será mágico ó no? (Secándose las lágrimas de alegría, hace un gracioso mohín y vase con Enrique del brazo hacia el foro.) Ea ¡señores, que se *enfrían* los dulces y el helado! Vamos al comedor... ¡Que día tan feliz!

(El Barón vase tambien al foro del brazo de Ruiz. El Duque queda observando á D. Félix desde lejos. Clara ha oido con marcada emoción, y al seguir D. Félix á los otros le detiene por un brazo.)

CLARA. Ruego á usted que me conceda una entrevista... en su casa.

FÉLIX. ¡Cómo!... usted desea... (Sorprendido.)

CLARA. Necesito al bienhechor.

FÉLIX. Al hermano más bien, señorita.

CLARA. Gracias, caballero. (D. Félix le ofrece el brazo; ella lo rehusa y se deja caer en un sillón.) Deseo quedarme. Hasta mañana.

FÉLIX. Hasta mañana. (Saluda.)

DUQUE. ¿Vamos, D. Félix? (Con impaciencia.)

FÉLIX. ¿Qué misterio hay aquí? (Da el brazo al Duque y y vanse por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Ante-despacho de D. Félix. Salón riquísimo y severo: un gran burómesa en segundo término de la derecha (del actor), en primer término id. la puerta grande que da paso al despacho. A la izquierda, primer término, una puerta de entrada general y en segundo una puerta secreta. Al fondo, puerta grande de cristales que deja ver una ancha galería cubierta de cuadros, estatuas y divanes iluminada fuertemente. A todo el conjunto ha de dársele un tinte de originalidad compatible con el mejor gusto. A la izquierda, primer término, un velador con fonógrafo (1).

ESCENA PRIMERA.

RUÍZ.—EL UGIER.—Luego el MAYORDOMO.

(Ruíz escribe en el buró y después de algunos momentos toca un timbre que se oye sonar lejos. Un ugier de elegante y severa librea entra trayendo en bandeja de plata cartas y billetes. Las coloca en el buró y luego queda esperando.)

RUÍZ ¿Ha venido el Intendente?

UGIER. Sí, señor.

RUÍZ. Tome usted. El amo solo recibirá hoy á esas personas. (Le entrega una lista.)

---

(1) El fonógrafo puede representarse por un cilindro plateado que gire sobre dos piés derechos, movido por un manubrio. Mientras se hable sobre él debe hacérsele girar.

UGIER. Muy bien... Un caballero que dice llamarse el Barón de Rocas solicita ver á usted.

RUÍZ. Puede pasar.

UGIER. Y la señorita Estrella.

RUÍZ. Que está nublado y hoy no se pueden ver Estrellas.

UGIER. Para ese caso... me dió esta carta.

RUÍZ. Bueno: papeles son papeles: déjala ahí. (Abriendo otras cartas y leyendo.)

UGIER. ¿Ordena usted más?

RUÍZ. Que entre Duberre. (Saluda el ugier y vase. A poco entra el mayordomo vestido de levita, y espera á que Ruíz que está leyendo se fije en él. Cuando éste lo distinga, se levanta, saca una llave y la entrega á Duberre. Éste saluda y abre con ella la puerta secreta.)

RUÍZ. Voilà la clef.

MAYORD. Merci bien.

RUÍZ. ¡Prenez garde!

MAYORD. Oui, monsieur. (Vase por la puerta que cierra tras él.)

ESCENA II.

RUÍZ.—EL BARÓN.

(Entra el Barón por la izquierda mirando como embobado alrededor. Se acerca á Ruíz y lo abraza con efusión.)

BARÓN. ¡Oh, amigo mío! ¿Qué tal vamos?

RUÍZ. Sr. Barón, muy bien desde ayer que nos hemos conocido. (¿Cómo abrazará á un compañero de colegio?)

BARÓN. ¿Sabe usted que es una maravilla este palacio? A propósito, ¿el Sr. Signey está visible?

RUÍZ. ¿Visible?

BARÓN. Si; deseo hablarle, pero no sin consultar antes con usted.

RUÍZ. Todo lo que quiera, con una condición (viene despacio).

BARÓN. Con todas las condiciones imaginables.

RUÍZ. Bueno: pues mientras usted me habla, yo continuaré mi trabajo.

BARÓN. ¡Ah!

RUÍZ. Así contesto con más lucidez, porque recapacito.

BARÓN. No lo dudo. (¡Si es un asombro!)

(Ruíz se sienta y lee cartas, escribe ó toma notas. El Barón pasea, mira y habla admirándose de lo fácilmente que contesta Ruíz.)

BARÓN. (Vamos al abordaje.) Dígole, amigo Ruíz, que D. Félix debe de gozar de una influencia sin límites...

RUÍZ. Ya, ya...

BARÓN. Su pecho será un calvario.

RUIZ. Ya, ya...

BARÓN. Con todas las condecoraciones de Europa. (Ruíz calla y el Barón espera la respuesta)...; ¿eh? con todas las de Europa seguramente.

RUÍZ. Ni una condecoración posee; y no porque las desprecie, sino porque no las necesita.

BARÓN. Sin embargo...

RUÍZ. Es lógico, Barón: ¿compraría usted para su uso un chaleco verde... claro?

BARÓN. Hombre, verde claro... de ningún modo.

RUÍZ. Ya, ya...

BARÓN. (Cómo le daría á entender que...)

RUÍZ. Usted desea una gran cruz. (Sigue escribiendo.)

BARÓN. ¡Oh penetración! (Admirado.)

RUÍZ. Usted discurre muy bien. «Ya soy título, po-

seo rentas, despunto por... ¿Por dónde, Barón?... eso lo ignoro.

BARÓN. Por ninguna parte, Sr. Ruíz. (Amoscado.)

RUÍZ. Enhorabuena... Y dice usted: «Soy modesto, solo me dan señoría, una excelencia cuadrará mejor al tío de la ahijada de un archimillonario. ¿Qué tal?

BARÓN. ¡Que es el evangelio!

RUÍZ. Y como me consta que D. Félix nada niega á la familia del Conde, debe usted pedírselo.

BARÓN. ¿A D. Félix?

RUÍZ. Sí; pero sin hablarle.

BARÓN. ¿Por escrito?

RUÍZ. Tampoco: de palabra.

BARÓN. ¿De palabra y sin hablarle?

RUÍZ. Exacto.

BARÓN. ¿Cómo puede ser eso?

RUÍZ. Por el fonógrafo... Allí hay uno... Vaya y dígale extensamente lo que solicita (así me dejarás en paz).

BARÓN. ¡Magnífica idea! ¡Qué inventos tan útiles! (Corre al velador de la izquierda y se acerca al fonógrafo. Apénas ha comenzado á tocarle suena con estrépito un timbre encima del fonógrafo, cuyo sonido le hace pegar un salto.) ¡Caracoles!

RUÍZ. Es el aviso de que entra D. Félix. (Se levanta y acerca á la puerta primera de la izquierda: á poco sale un criado que levanta el portier mientras pasa don Félix; un lacayo le toma el abrigo y el sombrero. En seguida se marchan ambos criados. Ruíz se aproxima á D. Félix y le saluda con respeto. El Barón, á quien don Félix no ha visto, se va acercando á él lentamente.)

ESCENA III.

FÉLIX.—BARÓN.—RUÍZ.

FÉLIX. Dios te guarde, Fernando.
RUÍZ. Sr. D. Félix... (Con respeto y cariño.)
FÉLIX. ¿Han llegado esas comisiones?
RUÍZ. Creo que todas: esperan en el despacho de usted.
FÉLIX. ¿Y mi Intendente?
RUÍZ. Está con ellas.
FÉLIX. ¡Ah!... triste cosa es no poder invertir dinero sin peligro de acarrear grandes trastornos. (Se sienta.)
BARÓN. (Presentándose.) Sr. D. Félix... Mi señora me encarga...
FÉLIX. (Iba, sin reconocerlo á levantarse, y al oir decir *mi señora*, vuelve á sentarse.) ¿Su señora?
BARÓN. Mi señora la Baronesa.
FÉLIX. ¿Ah, sirve usted á una Baronesa; de qué...?
BARÓN. ¿De qué le sirvo? ¡ah! ¡qué chistoso!
RUÍZ. Es el Barón de Rocas. (A D. Félix, éste se levanta rápidamente.)
FÉLIX. ¡Oh! caballero, perdón, no le había reconocido. (Busca una silla para ofrecérsela. Mientras hablan aparte Ruíz y el Barón.)
BARÓN. ¡Me tomó por un criado! (Abroncado.)
RUÍZ. Como dijo usted «mi señora...»
BARÓN. ¿Y qué?
RUÍZ. Se dice «mi mujer.» ¿Le llama á usted ella «su señor»?
BARÓN. No tal. (Sentándose y á D. Félix.) Sr. Signey,

sólo me traen el deber y el gusto de saludarle...

FÉLIX. Mil gracias, Sr. Barón...

BARÓN. También *aquella* me encargó...

FÉLIX. ¿Aquella?

BARÓN. Sí: mi mujer. (Acentuándo.)

FÉLIX. ¡Ah! su señora esposa. (Ruíz le habla al oido.)

BARÓN. Justo: quedó prendada de la galantería exquisita de usted...

FÉLIX. Mucho me lisonjea: yo le ruego en cambio que manifieste á usted en seguida el color que ella prefiere... (Se levanta.)

BARÓN. (¡Vaya un capricho!) ¿con que el color que prefiere?

FÉLIX. Sí: para elegir la banda que debe adornar el pecho de su marido.

BARÓN. ¡Sr. Signey! (Levantándose.) ¡No sé cómo pagar tanta delicadeza! (Se dan las manos.) Voy á comunicar en seguida su deseo á mi señó... á la Baro... no, á mi mujer. (Vase por la izquierda y Ruíz le acompaña hasta cerca de la puerta.)

FÉLIX. ¡Mentecato! (Sonriendo.)

ESCENA IV.

FÉLIX.—RUÍZ.

RUÍZ. ¿Quiere usted despachar? (Ruíz se sienta; D. Félix pasea.)

FÉLIX. Lo más urgente.

RUÍZ. Telegramas de hoy... poco importantes: sin embargo...

FÉLIX. A otro asunto.

RUÍZ. El palacio de Scutari: presupuesto de obras.
FÉLIX. ¿Quién las ha hecho?
RUÍZ. Manuel Anibal Alvarez.
FÉLIX. Gran artista: aprobado sin estudio.
RUÍZ. El capitan del yacht *Relámpago* avisa hallarse listo. Desea viajar en él el príncipe Rodolfo de...
FÉLIX. Discúlpame: ya lo tengo ofrecido á otro príncipe... al pintor de la cúpula de *San Francisco el Grande*...
RUÍZ. ¿A Plasencia?
FÉLIX. Sí: á Casto Plasencia. Póngase el yacht á sus órdenes para que visite el extremo Oriente.
RUÍZ. Está bien... Donativo á la casa de Maternidad... Hecho... Las hermanas solicitan ver á usted.
FÉLIX. Cuando gusten. (Con emoción.) Ya sabes que las recibo siempre. En cuanto vengan que entren sin demora y cualquiera que sea mi ocupación. Que las conduzcan por la galería. (Señala el fondo.)
RUÍZ. Descuide usted... Urgente no hay ya... sino varios billetitos... porque así lo dicen sus sobres.
FÉLIX. ¿Perfumados?
RUÍZ. Más ó menos.
FÉLIX. (Con doble intención.) Ya me marean los olores... Elige tú el que prefieras y quema los demás.
RUÍZ. (¡Pseh... yo tengo una perfumería!)
FÉLIX. (Cambiando de tono.) Si viene Clara Toledo avísame en el acto.
RUÍZ. Perfectamente. (D. Félix entra en su despacho.)

ESCENA V.

RUÍZ.—EL CONDE.

(Entra el Conde por la izquierda vestido de paisano. Su aspecto es sombrío. Ruíz le sale al encuentro con mucha amabilidad.)

RUÍZ. Señor Conde...

CONDE. Buenos días, amigo Ruíz.

RUÍZ. Parece usted preocupado... triste.

CONDE. No me falta razón.

RUÍZ. ¿Viene usted á verle? (Por D. Félix.)

CONDE. Sí.

RUÍZ. Lo llamaré.

CONDE. Un instante. (Deteniéndole.) ¿Se halla solo?

RUÍZ. No, señor. Por eso digo que lo llamaré.

CONDE. ¿Quién le ocupa?

RUÍZ. Recibe á varias comisiones.

CONDE. ¡Comisiones! Creí que un hombre de sus tesoros estaba libre de esa enfadosa molestia.

RUÍZ. Pues sucede todo lo contrario.

CONDE. ¡Ah, no lo soportaría yo! (Paséase impaciente.)

RUÍZ. ¿Usted? lo mismo que D. Félix... á menos que le fuera indiferente la ruina de muchas personas.

CONDE. ¿Cómo es eso?

RUÍZ. Muy sencillo. La comisión de bolsistas viene á exponerle que á consecuencia del inesperado é increible éxito del empréstito emitido por el gobierno, y cubierto por D. Félix, los fondos públicos han sufrido un alza tan grande y rapidísima que la liquidación próxima arruinará á los jugadores á la baja y quebrantará á los compradores á plazo.

CONDE. ¿Y qué solicita la comisión?

RUÍZ. Que la casa Signey haga gran oferta de papel en Bolsa para contener el alza y aun disminuirla. Esto quiere decir buenamente: «pierda usted, Sr. Signey, que tiene mucho, para que nosotros no perdamos.»

CONDE. ¡Cáspita!

RUÍZ. Segunda: la comisión del Banco Continental. Resolvió D. Félix extraer los millones que allí tenía en depósito y cuenta corriente, y esta determinación origina al Banco un serio peligro é inmenso trastorno: se solicita la contra-órden ó una extracción escalonada.

CONDE. ¿Hay más?

RUÍZ. La comisión del ferrocarril del Oeste: en súplica de que aplace su proyecto de construir el del Sudoeste, pues daría rudo golpe al que se halla en explotación... Y luego, Sr. Conde, comisiones que solicitan el concurso de la casa para grandes empresas: otras que piden su neutralidad, como garantía para lanzarse á especulaciones de monopolio: otras, en fin, que son á veces representantes de testas coronadas y ruegan su protección para resolver problemas de alta política, que D. Félix odia!... Nada de esto concierne á la secretaría particular, y en nada intervengo; mas por lo que trasmito, deduzco...

CONDE. Que Félix es un coloso.

RUÍZ. Que es un gigante de los de Gulliver, cuyos movimientos más sencillos son amenazadores. Si anduviera con la vista al frente aplastaría mil pigmeos á cada paso: así es que no puede levantar un pié sin examinar el terreno; sin explorar antes el sitio donde quiere colocarlo.

CONDE. No le envidio un poder que tanto le esclaviza.
(Óyese un timbre y Ruíz vase hacia la primera puerta derecha.)

RUÍZ. Me llama D. Félix. Perdón, Sr. Conde.

CONDE. No me anuncie usted. (Ruíz saluda y vase.)

ESCENA VI.

EL CONDE.

(Permanece en silencio unos instantes y luego saca una carta.)

CONDE. Necesito el consejo de ese hombre leal (por Félix.)... Esta carta de Ramírez me abisma en confusiones. No me canso de leerla y pedirle más luz. (Lee.) «Querido coronel: debo á usted el indulto, y quiero pagárselo con una advertencia. Usted ama sobre todo un honrado nombre, y va á enlazar el suyo con el de una familia ilustre. Detenga usted la boda hasta que pueda hablarle su antiguo amigo...» (Arruga la carta.) ¡Ira de Dios! ¿Qué pretende indicar? ¿Que alguna mancha enturbia los blasones del Duque de Toledo?... ¡Imposible!... He hecho al mismo Duque esta pregunta escueta, y se puso lívido, negando con una indignación que le aplaudo y le perdono... He corrido á las prisiones militares en busca de este pobre diablo (golpea la carta), y me encuentro con que acababa de sufrir un accidente, natural consecuencia de sus fuertes emociones en estos días... ¡Qué horrible malestar! ¡Maldita incertidumbre! (Queda pensativo y paseando. Un grupo de tres caballeros atra-

viesa la galería de derecha á izquierda, hablando con calor. Se les distingue á través de los cristales. Ruíz entra en escena.) Me consume la impaciencia... más tarde veré á Félix. Vuelvo á las prisiones: acaso ya pueda interrogarle.

ESCENA VII.

El Conde.—Ruíz.

Conde. Hasta luego, Ruíz. (Le da la mano)
Ruíz. ¿No espera usted?
Conde. Olvidaba cierto asunto urgente.
Ruíz. Si es urgente, disponga usted de un carruaje que está á la puerta.
Conde. ¿Es el de usted?
Ruíz. Sí, señor.
Conde. Gracias, lo utilizaré por media hora.
(Vase el Conde por la izquierda. Ruíz queda preocupado.)
Ruíz. Algo grave le ocurre.

ESCENA VIII.

Ruíz.—Duberre.—Clara.

(Cuando Ruíz queda solo ábrese la puerta secreta, saliendo Duberre que permanece cuadrado delante de ella y le hace á Ruíz una seña de inteligencia.)

Ruíz. Perfectamente, Duberre. (Le indica que se vaya y Duberre se marcha por la misma puerta, después que

entra Clara. Ruiz se acerca á ésta y le ofrece su mano. Clara sale temblorosa.) Señorita, tenga usted la bondad de entrar en este gabinete. Avisaré á D. Félix. (Señala la puerta segunda de la derecha. Ella se opone á entrar y queda sin andar un paso.) Me permito indicarle, señorita, que este salón es de paso continuo, y poco á propósito si desea usted que no la conozcan.

CLARA. Me es indiferente, caballero; prefiero permanecer aquí. (Estas palabras han sido oídas por don Félix que sale del despacho. Se dirige á Clara: Ruíz saluda y vase por la izquierda. Otro grupo de tres ó cuatro caballeros atraviesa la galería.)

ESCENA IX.

D. FÉLIX.—CLARA.

(D. Félix estrecha á Clara la mano con afecto respetuoso. Le ofrece un asiento y se sienta inmediato. Ella está muy turbada.)

FÉLIX. Clarita, no necesito decir á usted que esta es la casa de un hermano, y que espero sus órdenes para ejecutarlas gustoso.

CLARA. D. Félix... Ya conozco á usted... He hablado á Concha... He oído á Enrique... (Muy cortada.)

FÉLIX. ¿Saben ellos que usted vendría?

CLARA. Nadie lo sabe... Yo solicité esta entrevista creyéndome con más valor; luego me arrepentí... Pero hace poco he perdido toda esperanza de... ¡ah, mi padre se muestra inflexible, cruel!

FÉLIX. Señorita, (con tono escéptico) los padres á veces son injustos; las madres ¡oh! las madres mu-

cho más; las hay tan crueles, tan inicuas, que abandonan á sus hijos.

CLARA. (Con ímpetu.) ¡Pero yo no lo abandono! ¡Yo reclamo al hijo mío! ¡Por piedad, que me lo devuelvan! (Se levanta suplicando. D. Félix la contempla sorprendido y luego la ayuda á sentar. Clara llora.)

FÉLIX. Señorita, (pausa) calma, tranquilícese usted... y hablemos.

CLARA. (¡Qué confesión tan vergonzosa!)

FÉLIX. ¿Tiene usted un hijo que le han arrebatado?... Ahora completo su triste historia, Clara... Aquel amado Carlos, muerto en la guerra, antepuso su pasión al respeto que la inocencia merecía... Usted miraba en él el seguro esposo... Luego se hizo imposible todo remedio al mal causado, y hoy es el Duque quien, por el prestigio de su nombre, mantiene oculto el débil sér que usted reclama inútilmente... ¿Es esto? ¿He evitado á usted una penosa confesión?

CLARA. Sí. (Murmurando apenas.)

FÉLIX. Ahora, dígame que puedo hacer. ¿Qué quiere usted de mí?

CLARA. Cuando supe la muerte de Carlos creí volverme loca y revelé á mi padre toda la desgracia... Mi padre cayó gravemente enfermo con un ataque cerebral... Iba á morir por culpa de su hija predilecta... Dios quiso salvarlo; pero la vergüenza lo ahogaba... A veces, mirándome, se enrojecía su rostro hasta el punto de inspirar miedo... Otras veces lo sorprendía en los rincones más oscuros sollozando como un niño... Por fin, me llevó á Francia dejándome en casa de su

hermana. Mi desdicha quedó oculta para todos, y mi hijo condenado á no saber jamás quién fué su madre.

FÉLIX. Siga usted, Clara, la escucho con sumo interés.

CLARA. Yo no podía aceptar este sacrificio espantoso; escribí á mi padre muchas veces. ¡Era una roca!... Entonces vine á buscarlo y le amenacé con lo que más le aterra... ¡Todo inútil!

FÉLIX. Comprendo. Usted propone al Duque conservar el secreto, á cambio de que le permita conocer á su hijo, visitarlo á menudo, velar por su porvenir, ser para él una bienhechora; la buena estrella del huérfano abandonado.

CLARA. Nunca, Sr. D. Félix... ¡Yo quiero ser á sus ojos lo que soy: su madre amantísima: la que tiene el deber de ampararlo, no la que lo hace por caridad!

FÉLIX. (Con visible emoción.) Según eso, lo que usted desea es...

CLARA. Pagar sola mi culpa. Renunciar á mi nombre y á mi categoría; huir lejos, muy lejos; donde no pueda ser un peligro para nadie ¡que viva yo con el hijo de mis entrañas!

FÉLIX. ¡Bien, Clara, muy bien! (Procura disimular su emoción.) ¿Y á esto se opone?

CLARA. Sí: no cree seguro ningún retiro: no cree posible una absoluta reserva... Además, le asalta el miedo de que Enrique renuncie á la mano de Concha al conocer la mancha que yo he arrojado en la familia. Supone que es inexorable respecto al honor, que sacrificaría á este sentimiento todos los demás, y que mi pobre hermana, pura é inocente, perdería el juicio por el abandono de Enrique á quien idolatra.

FÉLIX. ¿Enrique? ¿Quién sabe? Todo es posible en la exageración de sus ideas.

CLARA. ¡Dios mío! No quiero hacer más daño: necesito ocultar mi falta... ¡No acudiré á la ley, porque mataría á mi padre! Acudiré á la astucia... á la habilidad... hasta descubrir donde se halla mi tesoro, si en Francia ó en España: quién lo posee, para arrancarlo de allí y alejarme dichosa... ¡Pero es imposible! ¿Qué puedo yo?... ¡Yo no puedo nada!... ¡Ah! por eso cuando ayer me dijo Concha que usted había devuelto un hijo á su madre, que le había salvado la vida á despecho de todos, me pareció que Dios la inspiraba y venía en mi ayuda poniendo á usted en mi camino. Para implorarle sólo necesitaba hacer el sacrificio de mi rubor... pero ¿que importan los sacrificios por terribles que sean? Sí, sí, vengo á buscar al hombre bueno y poderoso para decirle de rodillas: ¡Ayude usted á una madre que se muere de pena si no encuentra á su hijo! (Cae de rodillas á los piés de Félix. Este la levanta.)

FÉLIX. ¡Pobre Clara! Con todas mis fuerzas le ayudaré. (Dice aparte muy emocionado.) (Ese niño es más rico que yo, y será más dichoso.)

CLARA. ¡El cielo se lo premie!

(D. Félix se sienta más inmediato al velador y toca el fonógrafo que en él se halla.)

FÉLIX. Respóndame... ¿Dónde... dónde le arrebataron á...

CLARA. En Paris: rue Saint-Honoré, 30.

FÉLIX. Rue Saint-Honoré, 30. (Repite estas palabras sobre el fonógrafo, con gran naturalidad.) ¿La fecha?

CLARA. Diez de Junio.

FÉLIX. Diez de Junio. ¿Nombres de los criados?
CLARA. Jacobo Bark, Antonia Rodin... (Recapacitando.)
FÉLIX. Basta. (Á Clara.) (Sobre el fonógrafo.) Jacobo Bark, Antonia Rodin. (Deja el fonógrafo y se levanta, tomando una mano de Clara.) Ahora sepa usted, Clara, que Dios la ha inspirado para que se dirija á Félix Signey.
(Ábrese la puerta de la izquierda y éntra Ruíz.)

ESCENA X.

DICHOS.—RUÍZ.

RUÍZ. El Duque de Toledo ruega que se le reciba en el acto.
CLARA. ¡Mi padre!
FÉLIX. ¿El Duque?
RUÍZ. Dice que el Barón, al salir, ha visto entrar en esta casa á la señorita... Pero sabido es que el Barón peca de visionario... ¿Habrá visto mal? (Con intención maliciosa.)
FÉLIX. Ha visto bien... Clara está aquí. (A Clara.) Con la mentira nada se remedia. Negarnos fuera un ultraje para él, é indigno de nosotros... (A Ruíz.) Que entre el Sr. Duque. (Con voz tranquila.)

ESCENA XI.

FÉLIX.—CLARA.—DUQUE.

(El Duque aparece por la izquierda y al ver á Clara sufre una visible conmoción. Procura dominarla y se acerca á D. Félix.)

DUQUE. (¡Era verdad!) Sr. Signey, no extrañará usted que me sorprenda de hallar aquí á mi hija...

FÉLIX. De ningún modo.

DUQUE. Tampoco le sorprenderá que desee saber el objeto...

FÉLIX. Nada más justo, Sr. Duque... Clara ha venido conducida por un ángel de la guarda, para mostrar sobre la frente ruborosa una espléndida diadema clavada con espinas.

(El Duque se trastorna visiblemente y necesita apoyarse en un mueble para no caer. Luego habla tembloroso y con voz apagada.)

DUQUE. ¡Comprendo!... ¡Ha delirado! ¡Mi desdichada hija es una enferma, una demente!... el dolor le inspira relatos espantosos... ¡Sr. Signey, lamento mucho que por un descuido nuestro haya molestado á usted esta infeliz...! Afortunadamente sus revelaciones absurdas quedarán sepultadas, no lo dudo, en la conciencia de un cumplido caballero... Compadézcala usted, que bien lo necesita... y compadézcame á mí... Sr. Signey... perdón mil veces... (A Clara.) ¡Vamos, Clara! (Saluda y se acerca á su hija que retrocede medrosa.)

FÉLIX. Un instante... ¿Cree usted, con efecto, que soy un hombre leal?

DUQUE. Sí.

FÉLIX. Entonces no debo engañarle, Duque... Clara me ha convencido. Su desdicha consiste justamente en no estar loca... Su secreto es de los que la conciencia no puede sepultar, sino ahogando los clamores de una tierna criatura...

DUQUE. ¡Oh! (Con reconcentrado furor.) ¡Con que es decir que usted cree verosímil, cree posible que un Duque de Toledo contemple á su hija deshonrada y llena de vida!... ¡Pues bien; así es! ¡Esa infeliz, no satisfecha con afrentarme, viene á referir á un extraño su liviandad!... ¡Hace bien!... Mis mayores habrían borrado la mancha con un río de sangre... yo... yo quise esconderla bajo un mar de lágrimas!... ¡Insensato!

CLARA. ¡Padre mío!

DUQUE. ¡Sí: ahora soy digno padre tuyo... Débil, como tú lo fuiste. Sin honra, como tú te hallas!... ¡Has dado derecho á un hombre para que nos mire compasivo ó desdeñoso... ¡pero en las casas honradas no se admiten las gentes sin rubor...! ¡Vámonos!

FÉLIX. (Deteniéndole.) Nunca hasta el presente momento, se lo juro á usted, había pisado esta casa un huésped de tanta veneración para mí, Sr. Duque. Tengo poderosas razones para juzgar en este asunto con el criterio más humano. Permita usted, pues, que me interponga entre los justos enojos del padre, y los sagrados derechos que esta niña defiende. Ella delinquió por su inocencia ó confianza

y fué perdonada, sí, porque acaso también alguna culpa cabría al obligado á vigilar su juventud. Un sigilo por siempre impenetrable y el trascurso del tiempo habrían cicatrizado la herida y logrado el olvido casi absoluto.. ¿Es así, Duque? Mas hoy opónese á esta solución la existencia de un sér tan desvalido como puro y sin mancha. ¿Ese sér debe sacrificarse á la necesidad del misterio?

DUQUE. ¿Sacrificarse?

FÉLIX. Sí: ¿acaso no lo es arrojarlo al mundo con procedencia desconocida...?

DUQUE. ¿Y pretende usted que en provecho de ese fruto de amor pregone la afrenta de mi casa, de mi familia, arrostre los anatemas del mundo, y cerque de desconfianzas, de dudas, de desprecios á mi hija buena? ¿á mi pobre Concha? ¡Jamás!

CLARA. (Se adelanta suplicante.) Padre, no temas... Yo iré muy lejos... Nadie sabrá de mí... Esta aparente virtud me tortura porque es infame, á costa del sacrificio de un inocente... ¡Padre! mis pesadillas son horribles: ¡paréceme oir á mi hijo que pide pan y nadie lo escucha; verlo que resbala y cae, y nadie lo socorre; que confunde sus lágrimas con su sangre en la tierra dura! ¡Sueño que crece y crece sin que sus labios sepan pronunciar las primeras oraciones: sin comprender el poema de la Madre de Dios, porque no sabe lo que es una madre!... Y crece más; siempre solo; y envidia al niño pordiosero que se ve acariciado por una mano escuálida, pero amorosa... Y al fin, ya hombre, lo contemplo pensativo, le oigo murmurar: ¡Cuántos séres felices!

¡cuánto cariño alrededor de mí, y yo cuán abandonado desde la cuna! Nadie; nadie me ha querido, ¡ni mi madre, ni siquiera mi madre!... ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

(Durante unos momentos de pausa, el Duque sufre visiblemente y D. Félix mira á Clara con admiración y ternura. El Conde aparece por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

DICHOS.—EL CONDE.

(Entra el Conde con gesto amenazador y dirígese al Duque para increparlo.)

CONDE. ¡Sr. Duque! ¡Yo ignoraba que supiera usted fingir!

DUQUE. ¡Conde!

FÉLIX. ¡Enrique!... eso es poco generoso... (Con severidad: el Conde baja la cabeza.)

DUQUE. Tiene usted razón. (Al Conde amargamente.) Le he engañado. Clara le ha dicho la verdad.

CONDE. Esta señorita nada me ha dicho... El capitán Ramírez asistió á Carlos en el delirio de su fiebre, y lo supo todo sin querer... Creía Ramírez que Clara fuera hija única, y deseó librarme de un daño que imaginaba inmenso: solo en esa dura alternativa hubiera revelado el secreto de un moribundo; así me lo juró.

DUQUE. Acabemos. ¿Viene usted á devolverme la palabra? ¿á renunciar á Concha? Bien está.

CONDE. No, Sr. Duque. Concha es pura y me ama

¿por qué ha de pagar faltas ajenas? Nuestro sacrificio doloroso se haría indispensable, sólo en el caso de que esa desdicha fuera revelada y provocase el escándalo...

FÉLIX. (Así entienden el honor...)

CONDE. Pero este recelo infundado... tiene usted el deber de hacerlo imposible.

DUQUE. Tranquilícese usted... Respondo del sigilo... Clara vivirá con mi hermana... Esta es mi voluntad inquebrantable.

CLARA. ¡Voy á perderlo! (Con voz ahogada.)

FÉLIX. No. (A Clara.) Usted pide lo que es suyo. Nadie tiene derecho para quitárselo... y yo se lo devolveré.

DUQUE. ¡Sr. Signey! (Con furor.)

FÉLIX. ¿Sr. Duque? (Con voz tranquila.)

DUQUE. Su intervención es insufrible y bochornosa... ¿Quién es usted? ¿ni qué puede hacer contra mí?

FÉLIX. ¿Quién soy yo?... ¿qué puedo? Soy... un hombre humilde, y me enfadan los alardes; pero ¿quién desconoce que es inmensa palanca un monte de oro? Bajo mi mano existe una fuerza, un poder que no envidia al de los reyes. Ante nadie inclino la cabeza... Todas las ciencias me guardan sus primicias... Son esclavos míos la electricidad y el vapor. Así es, Sr. Duque, que encontraré lo que busque, por oculto que se halle...

DUQUE. Basta, Sr. Signey: antes de una hora visitarán á usted en mi nombre.

FÉLIX. Es inútil. No me bato.

DUQUE. ¿Que no?...

FÉLIX. No me bato con usted.

DUQUE. ¡Ah!... ¡cobarde!

CONDE. Eso nunca: conozco á Félix. (Pasa á calocarse entre los dos.)

FÉLIX. En vano me insulta, Sr. Duque, (con calma y dulzura) yo no le odio: su desventura infunde respeto y simpatía; esta niña heróica profunda admiración: quiero hacerla felíz, no huérfana... Usted tiene razón en acusarla; pero ella tiene más en rebelarse. Usted defiende un nombre, que es humo, tradición, cosa impalpable; ella defiende á un sér que sufre y piensa, de carne y huesos, concebido en sus entrañas!... Usted no puede comprender lo que es un desheredado: que ningún tesoro sustituye á una madre: que se prefiere siempre la más vil á la desconocida; que á aquella se la compadece, que á ésta se la maldice! (Algo exaltado y sombrío.)

CONDE. También te exaltas y exageras. ¿Olvidas, Félix, que el honor impone á veces terribles sacrificios? ¿Nada significa para ti que el limpio nombre de una familia ilustre sirva de befa á la multitud? Si tú fueras el encargado de su custodia ¡cuán indigno aparecerías de tus venerables antecesores!

FÉLIX. Los timbres gloriosos... los nombres ilustres...

(Ábrese la puerta del fondo y el ugier asoma dejando paso á dos hermanas de la Caridad. El criado vase en seguida.)

UGIER. Señor...

FÉLIX. (Volviéndose con enfado.) ¿Quién es?... (Al vér á las hermanas les indica con dulzura que entren.) ¡Ah!... pasad; (al Conde) estas santas mujeres llegan á punto para contestarte. (A las hermanas.) Decid, vosotras que amparáis por caridad al niño abandonado, ¿qué le respondéis cuando

os pregunta por sus venerables antecesores?... ¡Yo sé ló que contestan! «Hijo mío, en nuestros brazos nace tu alcurnia: pero aprende á ser bueno porque tu corazón tiene mucho que perdonar cuando llegues á hombre.» ¡Oh! timbres preclaros; ilustres abuelos, padres nobilísimos... ¿qué me podéis conmover... sí aquí (señalando á las hermanas) nació mi alcurnia!; si estos ángeles de la tierra, estas santas que idolatro fueron mis madres?

DUQUE. }
CONDE. } ¡Qué dice?

FÉLIX. Mis madres, sí. (Les besa las manos y vuélvese diciendo con amargura.) ¡Soy un expósito!

(El Duque y el Conde se miran con estupor. Clara cae de rodillas como en acción de gracias.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto primero. Salón en casa del Duque.

ESCENA PRIMERA.

RUÍZ.—EL CRIADO.

(Entran por el fondo el criado y Ruíz hablando.)

CRIADO. Sí, señor.
RUÍZ. ¿Pero va á salir?
CRIADO. Inmediatamente.
RUÍZ. Me es igual: vaya, pregunte á la Sra. Baronesa si se digna recibirme... (El criado saluda y vase por la puerta de la izquierda: á poco sale precediendo á la Baronesa y luego vase por el fondo. Entre tanto Ruíz pasea y examina papeles.) La nota... bien... el aviso de Mr. Legrand... Ahora esperemos á D. Félix y oigamos mil tonterías á esta... (Se levanta y sale al encuentro de la Baronesa.) ¡Señora Baronesa!

ESCENA II.

RUÍZ.—LA BARONESA.—EL DUQUE.

BARONE. D. Fernando, cuanto agradezco... (Ofreciéndole asiento. El Duque sale por la izquierda dirigiéndose hacia el fondo. Al ver á Ruíz se detiene y éste le saluda antes de sentarse.)

RUÍZ. El Duque.

DUQUE. (Con asombro y disgusto.) ¿Usted aquí?... No esperaba ciertamente el honor de verlo en esta casa.

RUÍZ. He venido á traer un encargo á la Baronesa... pero si molesto...

DUQUE. Nunca. Algo me sorprende... y nada más. Beso á usted la mano. (Saluda y vase por el fondo.)

ESCENA III.

RUÍZ.—BARONESA.—Luego el BARÓN.

BARONE. Dispénselo usted.

RUÍZ. ¿Cómo, señora? ¡si ha estado amabilísimo! ¿Dice que se sorprende? Esto nada significa. A veces nos sorprendemos de que vuelen los canarios ó de encontrarnos la nariz en su lugar.

BARONE. ¿Tiene usted buen humor?

BARÓN. (Sale por la segunda puerta de la derecha.) ¿Qué veo? mi íntimo amigo el Sr. Ruíz.

RUÍZ. Vengo á felicitarle.

BARÓN. ¿A felicitarme?

RUÍZ. Sí, lea usted. (Le entrega un papel.)

BARÓN. (Leyendo rápidamente.) «El Ministro de... besa la... á D. Félix Signey y tiene el honor de participarle que en el próximo Consejo será propuesto para la Gran Cruz de Cárlos III el Sr. Barón de Rocas, su recomendado.» ¡Qué atrocidad!

RUÍZ. Sí, que lo es.

BARÓN. ¡Tan pronto! ¡Oh, poder inmenso! no sé cómo...

BARONE. Hombre, no grites. (El Barón mira á su mujer y calla.) Dígale á D. Félix que el obsequio es digno de su galantería y que se lo agradecemos infinito... Siéntese, Sr. Ruíz...

BARÓN. (Ya soy excelencia.)

BARONE. Y díganos si nos será permitido hablar algo sobre el Sr. Signey. (Ruíz se inclina.) Tiene rasgos originales y de increible desprendimiento. Quisiera saber por qué ha dotado con una pequeña fortuna á todos los niños expósitos.

RUÍZ. Por capricho, Baronesa.

BARONE. ¿Y ese Banco de Labradores, fundado por él, qué objeto tiene?

RUÍZ. El objeto de salvar la agricultura en este país. Los cien millones que dedica á ese Banco se emplean exclusivamente en prestar á los labradores con interés de un cuatro anual, y no en metálico, sino abonando facturas que éstos presentan y que acreditan haber adquirido ganado, abonos, máquinas segadoras, trilladoras, rastrillos... en fin, todo el material que sirve de base á una ganancia segura y que pocos podrían obtener de otra manera.

BARÓN. Pues no faltará alguno que venda sus trilladoras por la mitad y...

BARONE. Calla tú. (El Barón mira á su mujer y calla.) El pensamiento es hermoso y debía hallar eco entre nuestros capitalistas. Indudablemente el Sr. Signey es un hombre superior. No se puede negar que se ha criado en ricos pañales... Esas nobles ideas suelen nacer en los palacios. Bien revelan su origen y su educación fastuosa.

RUÍZ. Sí, se educó en casa muy grande. Pero ya he molestado á usted mucho y me retiro. (Levantándose.)

BARONE. Calla tú. (Al Barón: reconoce su equivocación y dice á Ruíz.) ¡Ah! Perdone, Sr. Ruíz. ¿Decía usted?

BARÓN. (¡Desde la tumba ha de mandarme callar!)

RUÍZ. Que me marcho si usted lo permite.

BARONE. Yo vuelvo al dado de Clara, que desde anteayer está incomprensible. (Saluda á Ruíz y vase diciendo.) (Necesito averiguar lo que le ha sucedido, porque no hay duda que me oculta algún proyecto... Si ella fuera prudente...)

RUÍZ. ¿Y usted, Barón?

BARÓN. Yo le ruego que venga á mi cuarto; quiero que elija usted cualquier objeto en recuerdo mío. (Vanse ambos por la segunda puerta derecha.)

ESCENA IV.

DUQUE.—CONDE.

(Entran por el fondo hablando.)

CONDE. En un caballero tan digno comprendo el temor de que pudiera interpretarse como halago la simple cortesía... y perdono esa frialdad con que me recibe... Yo suplico á usted, señor Duque, que fije el día de mi matrimonio con su hija Concha.

DUQUE. ¡Ah! ¿Insiste usted? (Con alegría.)

CONDE. Insisto en obtener tanta dicha... y tanto honor.

DUQUE. Conde... no me explico... Debo advertir á usted que el escándalo es posible; que mi carácter es refractario á los juegos de escondite; que nada he hecho por defenderme de la amenaza de D. Félix, y que espero como suceso inevitable que el niño pase á sus manos sin gran dificultad. Yo lo envié á unos labriegos de Auteuil, buenas gentes que lo cuidan con amor; pero ignoran quién sea el legítimo dueño de la criatura. Ellos no se resistirían á entregarlo por una cuantiosa recompensa, en la que verían la más elocuente é irrefutable prueba del mejor derecho.

CONDE. Duque, también veo el peligro. Mas á pesar de ello insisto en casarme, porque mis ideas han variado mucho de anteayer á hoy.

DUQUE. Gracias, Enrique... (Le estrecha la mano.) ¿A qué negarlo? Mucho temí que Concha fuera des-

graciada por culpa de esa... infeliz... (Concha aparece por la izquierda y el Duque le dice al Conde.) Ahí tiene usted á su futura: pregúntele, y fijen el día. Para mí, ese será el más hermoso de mi vida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

El Conde.—Concha.

Concha. ¿Estabas aquí, Enrique mío?
Conde. Sí, mi bien.
Concha. ¿Sigues enfadado?
Conde. ¿Yo?
Concha. ¿Ó triste ó misterioso como los demás?
Conde. ¿Misterioso?
Concha. Tengo miedo. Aquí suceden cosas que nadie me explica y que son muy raras.. Papá, siempre alegre conmigo, me dijo antes, casi llorando: «¡Pobre hija mía!» Clara, que ayer me besó gimiendo, hoy me abraza como una loca y gritando: «Que dichosa voy á ser.» Mi tía habla sola, y tú me miras de reojo como si temieras que sublevase á tu regimiento. ¡Vaya una gracia! ¡No sé qué pensar!
Conde. Piensa solamente en que te adoro. Hablemos de nuestro porvenir... ven, siéntate á mi lado. (La conduce á un sofá.)
Concha. Qué pocas veces nos vemos así, solitos y cerca.
Conde. ¿Te agrada más?
Concha. Sí, porque cuando hay personas delante me

da vergüenza mirarte demasiado. Y como tú quieres que esté mirándote siempre...

CONDE. Exagerada.

CONCHA. Mucho, mucho... ¡Exagerada! Lo mismo que cuando me estrechas la mano, que no grito de dolor, porque eres tú quien me lo causas.

CONDE. ¡Angel mío! Esto sí que es posible: recuerdo que algunas veces brillaban más tus ojos.

CONCHA. ¡Claro! Porque se me saltaban las lágrimas.

CONDE. ¡Pobrecilla! Y yo sin reparar en la delicadeza de esos copos de nieve. (Le coge la mano derecha.) ¡Que bellas son! ¿Me permites que les pida mil perdones?

CONCHA. Mil, no. ¡Uno solo! Quien perdona una vez, perdona mil.

CONDE. Es verdad. (Le besa la mano y le toma la izquierda.) ¿Y la otra?

CONCHA. La otra nada tiene que perdonar. (Separándola.)

CONDE. Concha mía. A tu lado me embarga una emoción tan dulce, que quisiera convertir en siglos los minutos. Presiento para cuando seamos esposos una dicha tan grande, que arrancará de mi sér todo espíritu de destrucción, y hará que este soldado curtido en las batallas se vuelva inútil de puro compasivo.

CONCHA. Enrique...

(Félix aparece por el fondo precedido del criado que le mantiene el portier.)

ESCENA VI.

D. Félix.—El Conde.—Concha.

(Al distinguir á Félix se levanta Concha y sale con ligereza á su encuentro. Le toma la mano con efusión. El Conde demuesta sorpresa de ver á Félix.)

Concha. ¡Ah! ¡Mira quien llega! Nuestro padrino... Gracias á Dios que se acuerda usted de nosotros.

Félix. Y sin embargo, Conchita, temí importunar; me pareció haber oído algo como arrullo de palomas... ¡Que felices sois, amigos míos!

(Les aprieta las manos y Concha ruborizada se ocupa en hojear un álbum mientras el Conde dice á Félix por lo bajo.)

Conde. ¡Te atreves á venir!

Félix. Más noble es esto que sobornar á la servidumbre para el fin que me propongo.

Conde. Tienes razón.

Félix. Necesito hablar con el Duque y antes con Clara si puede ser. (El Conde afirma con la cabeza.)

Conde. Concha, dejemos á Signey por unos momentos y vamos al gabinete de tu tía para acordar entre los tres una fecha memorable.

Concha. ¿Cuál?

Conde. La de nuestra felicidad.

Concha. Hasta después. (Saluda á Félix y vase por la izquierda seguida del Conde.)

ESCENA VII.

FÉLIX.—CLARA.

FÉLIX. Es incomprensible... Solamente Clara pudiera darme alguna luz sobre ello. Conviene participárselo.

(Aparece Clara y al ver á Félix se detiene oprimiéndose el pecho y sin atreverse á levantar la vista.)

CLARA. ¡D. Félix!

FÉLIX. Clara...

CLARA. No me atrevo á interrogarle... Tiemblo de duda y de esperanza... ¡Ah! (Acercándose á él.) ¿Ha sabido usted?...

FÉLIX. No, señorita.

CLARA. ¡Dios mío!... ¡qué loca soy! Fuera demasiado pronto... Sí; por grande que sea su poder necesita tiempo...

FÉLIX. Clara...

CLARA. Hable usted, por favor, y perdone esta impaciencia... ¿Qué viene usted á decirme?

FÉLIX. Vengo á preguntarle si conoce usted á alguien que además del Duque de Toledo tenga interés en apoderarse de aquella pobre criatura.

CLARA. No comprendo...

FÉLIX. Su hijo de usted ha sido criado en Auteuil por una aldeana á quien lo entregó cierta señora llamada Madame Lacroix, sin duda persona de la confianza del Duque.

CLARA. ¡Gracias, Dios mío!

FÉLIX. Pero hace ocho días, el niño ha desaparecido de Auteuil con sigilo tan extremado, que ape-

sar de mis indagaciones aún ignoro su paradero.

CLARA. ¡Que ha desaparecido? (Con temor.)

FÉLIX. Sí: hace ocho días: antes de que el Duque sospechara el propósito de usted; antes de que usted abandonara á París.

CLARA. Sólo mi padre... nada más... sin duda por mis cartas receló...

FÉLIX. No, Clara. Me consta que el Duque nada sabe de este suceso extraño... Piense usted en otra persona.

CLARA. ¡Si no es posible!... Nadie conocía... si á nadie importaba...

FÉLIX. Pues tenga por seguro que el niño ha sido robado, y que su padre de usted lo ignora todavía...

(Clara se deja caer en un sillón casi desfallecida.)

CLARA. ¡Dios mío!... ¿Qué va á ser de ese ángel?... ¡Ya nunca le veré!

FÉLIX. Tengamos esperanza.

CLARA. ¿En qué manos se hallará?... Yo pierdo la razón.

FÉLIX. Clara...

CLARA. ¡Virgen mía! ¿Por qué me castigas así? Si lo sacrifico todo por él, si abandono mi casa y mi nombre ¿por qué no me lo entregas? Si él tiene una madre que lo adora; ¿por qué ha de vivir abandonado y creyéndome inicua?... inicua, sí. Usted lo ha dicho, D. Félix.

FÉLIX. Me referí á las mujeres sin entrañas.

CLARA. ¿Y quién le dirá á mi hijo que he muerto loca por no haberlo hallado? ¡Oh! él no será más bueno que usted, y usted no ha contado á su madre entre las mártires...

FÉLIX. No.

CLARA. Y acaso lo haya sido.

FÉLIX. Mi madre. (Estremeciéndose.)

CLARA. Y quizás hubiera dado la vida por estrecharlo contra su corazón.

FÉLIX. Es posible...

CLARA. Y usted no ha tenido para ella un solo pensamiento de duda generosa...

FÉLIX. Yo...

CLARA. ¡Y eso hará mi hijo!...

FÉLIX. Sería injusto.

CLARA. Injusto sin sospecharlo, como usted quizás lo sea.

FÉLIX. ¡Oh!

CLARA. Y sin que el ejemplo de otras madres infelices como yo, les incline á decir: «¡Así sufrió la mía; así me amó; así le arrancaron el alma al arrancarme de sus brazos! (Llora cayéndose en el sillón. D. Félix parece conmovido y como luchando con nuevas ideas.)

FÉLIX. Esta niña me conmueve de un modo extraño... Si acertara... Si yo pudiera creer... ¡qué horizontes tan nuevos y tan bañados de luz!... ¡Oh! Cruel escepticismo... No pensemos en mí. (Se dirige á Clara para consolarla.) ¿Clara?

CLARA. Antes lloraba por su ausencia, ahora también lloro por su porvenir... El mundo cierra sus puertas al que no tiene nombre.

FÉLIX. Respecto á su porvenir, necesito tranquilizarla... En la actual sociedad el hombre es hijo de sus obras: si estas son buenas, le abre los brazos; si admirables, lo encumbra; si heróicas, lo ciñe de laureles, sin preguntarle jamás quiénes fueron sus padres. Sí, Clara, el mundo le dará lo que merezca y lo que él conquiste.

CLARA. ¿Y la felicidad?
FÉLIX. Esa... la da solo Dios. (Con voz apagada.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—RUÍZ.

(Sale Ruíz por la derecha y al ver á D. Félix se le acerca con rapidez.)

RUÍZ. ¿D. Félix?... Sentiría haber tardado en presentarme.
FÉLIX. ¡Bah! solo unos momentos... ¿Telegrama? (Tomando uno que le presenta Ruíz.)
RUÍZ. De Mr. Legrand.
FÉLIX. ¿Cómo lo sabes? (Abriéndolo.)
RUÍZ. Lo infiero por otro que me dirige. (Lee otro telegrama.) «Cumplí sus órdenes terminantes: movidos todos los resortes simultáneamente, con éxito bueno, pero costosísimo.»
FÉLIX. (Lee su telegrama con marcada sorpresa, luego ríe, mirando á Clara. Esta sigue con ansiedad los gestos de Félix.) ¡Admirable policía!... ¡já, já! ¿quién hubiera sospechado?... ¡Clara! (Le abre los brazos.)
CLARA. ¿Él? ¿él? (Comprendiendo que trae noticias del niño.)
FÉLIX. ¡Sí!
CLARA. ¡Dios mío, Dios mío! (Se arroja en brazos de don Félix loca de alegría.)

ESCENA IX.

DICHOS.—EL CONDE.—LA BARONESA.

(Al salir la Baronesa y ver á Clara en brazos de D. Félix retrocede asustada. El Conde se admira.)

BARONE. ¿Qué es esto?

(D. Félix deja á Clara y dice señalando á la Baronesa.)

FÉLIX. Pase usted, Baronesa... ¿Clara? Le presento á madama Lacroix (la Baronesa da un salto y se turba) su amantísima tía.

BARONE. ¿Qué dice usted?

FÉLIX. Que todo se explica lógicamente. El temor de que el Duque, asustado por la exigencia de usted (á Clara) confiscara al niño donde no volviera á ser visto, ni *besado* por esta digna señora, la decidió sin duda á robarle para ampararlo mejor, y poder algún día decirle á usted: «Clara, yo he sido su madre hasta ahora: tómalo, ya que no existen peligros.»

CLARA. ¿Es verdad? (A su tia con profunda emoción.)

BARONE. ¡Jesús, cuánta imprudencia!

CLARA. ¡Ah, qué buena eres! (La abraza. La Baronesa asustadísima, mira á todos lados y tapa la boca á Clara llevándola por la izquierda sin dejarla hablar.)

BARONE. ¡Calla, calla, por favor!... Ese hombre es el demonio!

(Félix las sigue hasta la puerta y parece escuchar un momento; luego contesta.)

FÉLIX. Sí, Clara: inmediatamente. (Volviéndose.) Ruíz, un *Sleeping-car* para el exprés de hoy.

(Ruíz saluda y vase por el fondo. El Conde cruzado de brazos se queda frente á Félix.)

ESCENA X.

FÉLIX.—EL CONDE.

CONDE. Pero ¿qué significa?

FÉLIX. Ya lo oyes: que se marchan á Paris.

CONDE. ¡Félix! ¡A qué vergüenza nos va á condenar! ¡Oh!... Olvidaba que tienes perfecto derecho para obrar así... La confesión que anteayer hicistes sella mi boca.

FÉLIX. Eres un buen muchacho lleno de preocupaciones hijas del orgullo, y no del sentido moral... Oye, y deduce. Supongamos que el hijo de Clara continuara llevando en su fe de bautismo la nota de *padres desconocidos*, y supongamos que la fortuna compadecida, colocara en sus manos muchísimo oro y muy gran poder... Ese niño sería con el tiempo lo que soy yo. Un inclusero millonario. Aquí, pues, lo tienes ya hecho hombre... ¿Quieres asomarte á su corazón?

CONDE. Félix...

FÉLIX. ¿Quieres ver el espacio que de él llenan los dones de la fortuna, y el vacío que en él existe y que nada puede llenar? ¡Ah! no esperes que declame contra las riquezas, que son un gran bien para todos cuando se emplean dignamente... De si lo son para mí, tú juzgarás... Yo poseo entre veinte palacios uno que habito, y por consiguiente el único que amo; encierra tesoros de arte; pero no existe en él un objeto que me hable al corazón. Un día entré en el cuarto de mi conserje, y salí llo-

rando de envidia. Aquel servidor humilde adornaba las paredes con los retratos de sus padres! ¡Yo necesitaría inventarlos!

CONDE. ¡Pobre amigo mío!

FÉLIX. El hombre se habitúa pronto lo mismo á la abundancia que á la escasez, si no es extrema: la vista se acostumbra á los techos artesonados y á los muebles suntuosos; una mesa opípara empacha antes que la sencilla y frugal; las mujeres que son aspiración vehemente del pobre, y culto de todo sér varonil, pierden para el poderoso su mayor atractivo: la dificultad de lograrlas, pues el círculo de las fáciles se ensancha de una manera prodigiosa. Destruído así el gran encanto de la vida, harto casi de bienes materiales, mientras menos delicias me están vedadas, más y más lloro la falta de recuerdos, de hogar, de afectos puros!...

CONDE. ¿Y no has procurado averiguar tu origen?

FELIX. Siempre inútilmente... Hoy recorro la villa preguntándome... ¿Quién será mi padre? Será aquel general que me saluda ó el albañil que trabaja en aquel andamio?... ¡Yo qué sé!... ¿Y mi madre?... ¿Y mi madre? (Quiere seguir y no se resuelve: apunta con el dedo en diversas direcciones y por último se oprime las sienes exclamando.)...

... ¡Yo qué sé, Dios mío! (Transición.) En esto voy pensando desde el fondo de mi carroza espléndida, mientras dicen las gentes señalándome con el dedo: «¡Qué hombre tan feliz!»

CONDE. Félix, olvida lo pasado y créate una familia que te ame... ¿Por qué no te casas?

FÉLIX. ¿Y á qué corazón llamo con aldaba de diaman-

te, persuadido de que respondan á la simpatía y nada más? Te confieso que hasta hoy solo he conocido á una mujer digna de crédito. ¡A Clara!

CONDE. ¡A Clara!

FÉLIX. Sí. No le ofrezco mi mano, porque ya ha sufrido y amado mucho; porque jamás podría otorgarme una confianza sin límites; porque se creería mi esclava, no mi esposa.

CONDE. Tienes razón.

FÉLIX. ¡Este es el mundo! Clara, con mayor malicia, con menos amor, con más cálculo frío, aún se encontraría pura. Sobrábanle inexperiencia, candidez... Ninguna otra en sus condiciones habría sido más fuerte. Por fortuna, hoy concluye su martirio, y termina mi enfadosa intervención en esta casa. Será conveniente que notifiques al Duque los sucesos y que sepa yo si debo aún apadrinar tu boda.

CONDE. ¿Estás loco?... Te aconsejo que no vuelvas á verlo ni á hablarle.

FÉLIX. Entonces, adios: mañana saldré para Londres... ¿Crees tú que dejo aquí algun amigo?

CONDE. ¡Oh! ¡A tu único y verdadero amigo! (Con emoción.)

FÉLIX. ¡Enrique! (Se abrazan.)

CONDE. ¡Adiós! (Vase el conde por la derecha y Félix se dirige al fondo y toma su sombrero. Clara sale por la izquierda vestida de viaje. Al ver á Félix lo llama y éste vacila: después deja el sombrero y se acerca á ella.)

ESCENA XI.

FÉLIX.—CLARA.

CLARA. ¿D. Félix?... ¿Se iba usted?

FÉLIX. No; si aún puedo serle útil.

CLARA. ¿No espera usted siquiera á recrearse en su obra de misericordia?... A que yo bese su mano y le bendiga? (Quiere apoderarse de una mano de Félix y éste lo impide.)

FÉLIX. Solo hubiera sentido no contemplar ahora ese rostro animado por el cariño de madre ¡ah!... iluminadas así, ¡cuán bellas deben parecer todas á sus hijos! (Pausa.) Ya estoy satisfecho: adiós, Clara.

CLARA. No tan pronto, por favor. Mucho me entristece verlo partir.

FÉLIX. Pues sepa usted, que también yo me alejo pesaroso.

CLARA. Quisiera pagar de algún modo esta deuda de gratitud...

FÉLIX. Me encuentro ya retribuído: usted ha despertado en mi pecho una duda consoladora.

CLARA. Ojalá.

FÉLIX. A veces me pregunto si el cielo la habrá puesto á usted en mi camino para que aprenda la historia de otra madre tan amante como usted y todavía menos feliz. (Con emoción.)

CLARA. ¡Oh! sí, debe creerlo.

FÉLIX. Hay más, Clara... Es posible que yo la ame á usted... casi seguro, porque la recordaba demasiado antes de ahora.

CLARA. D. Félix. (Muy turbada.)

FÉLIX. No tema usted. Sé que nuestro enlace sería un error sin disculpa. Usted, hasta hoy, sólo ha llorado á su hijo; pero aún asoman lágrimas á sus ojos. ¡Viértalas usted libremente, y acaricie sus recuerdos por nadie profanados!

CLARA. ¡Ah! ¡gracias, gracias! (Muy conmovida.)

FÉLIX. Nuestras almas se han comprendido; pero no pueden unirse... ¡Clara, adiós! (Se dirige hacia el fondo á tiempo que salen por la derecha el Duque y el Conde y por la izquierda la Baronesa y Concha, aquella también vestida de viaje. D. Félix se detiene y mira al Duque)

ESCENA XII.

EL DUQUE.—EL CONDE.—LA BARONESA.—CONCHA. CLARA.—D. FÉLIX.

(El Duque y el Conde á la derecha. Concha al salir se acerca al Duque. La Baronesa y Clara permanecen juntas cerca del centro. Félix inmediato á la puerta del fondo.)

DUQUE. ¿Ese hombre aquí, todavía? (Con ira.)

CONDE. Prudencia, que Concha nada sabe.

DUQUE. Es verdad. (Á Concha.) Hija mía, vete al invernadero y espérame allí: no tardaré. Quiero hablarte de cosas muy gratas. (Concha vase pensativa por el fondo. El Duque se reviste de severidad extrema y mira á Félix y á Clara con altivez. Clara avanza dos pasos y contempla á su padre con ternura.)

CLARA. Padre... (A media voz.)

DUQUE. ¿Por qué tardan en salir? Basta de alardes insolentes... Y usted, caballero, ¿imagina que

mi paciencia no tiene límites, ó viene revestido de la compasión necesaria para soportar mis agravios?

FÉLIX. (Avanzando á primer término.) He venido á decirle á usted: la casualidad me hecho partícipe de un secreto que envuelve el honor de una familia: yo guardaré ese secreto eternamente... El cielo, sin duda, me hizo árbitro de matar ó salvar á una triste madre, y la he salvado... Por lo demás, creo imposible todo conflicto. Yo sé que al Duque de Toledo no puede olvidársele que está en su casa.

DUQUE. Ciertamente: y procurará recordarlo, Sr. Signey... pero usted debía respetar siquiera este asilo de mi vergüenza y mi dolor. (D. Félix se inclina y aleja un paso.) Tú, hermana, llévate á esta desgraciada (por su hija). Que el sigilo se sobreponga á la temeraria vanidad de una madre.

BARONE. Pero...

DUQUE. Ni una palabra. Salid. (Vase hácia la derecha y Clara corre á él y le detiene. El Duque vuélvese amenazador.)

CLARA. Padre, escucha.

DUQUE. ¡Desventurada!... ¿Qué quieres de mí?

CLARA. Tu perdon. (Suplicante.)

DUQUE. ¿Qué burla es ésta? ¿Mi perdón? ¿Para qué lo necesitas? Para humillarme más, para que con él sancione tu conducta, tu rebeldía, mi baldón pregonado, tu fuga y tus proyectos? (Con furor reconcentrado.)

CLARA. ¡Esto es demasiado para mi pobre corazón!... ¡Ah, padre mío! Si alguna vez me compadeces, envíame una palabra de consuelo al escondido rincón de América adonde voy á se-

pultarme... Una hija te queda tan buena y pura, que por salvarla arrostrarías todos los martirios... ¡Eso hago yo por la criatura inocente de quien soy madre! Por grandes que sean mis culpas no pueden ser tan grandes como mi castigo... Cuando debo abandonar esta casa y á todos los que amo en ella; cuando éste que te doy es el último adiós, el último, porque no debo verte más... ¿Piensas que sea burla el perdón que te imploro, padre mío?

(Llora: el Duque se estremece y lucha consigo mismo.)

DUQUE. En vano insistirías. Ya has elegido. Parte y sé dichosa.

CLARA. ¿Dichosa? ¿que sea dichosa?

DUQUE. (Revela hacer un esfuerzo de energía y dice con firmeza á la Baronesa.) Ayúdala á salir.

(La Baronesa toma á Clara por un brazo y la conduce hacia el foro. Al llegar cerca de la puerta se vuelve Clara y grita.)

CLARA. ¡Padre!... mi despedida. (El Duque vuelve la cara y Clara le envía un beso. El Duque se conmueve visiblemente.)

DUQUE. ¡Oh!

(Clara vacila un momento y luego se acerca á su padre sin que la vea: le toma una mano y se la besa inclinada. El Duque se aparta vivamente.)

CLARA. ¡La última súplica! Recuérdame en la niñez; cuando al besarme me decías: «¡Bendita seas!»

DUQUE. (Sollozando y refrenándose.) ¡No puedo más!

(Clara se incorpora y aleja dos pasos: luego contempla á su padre y le dice con acento de súplica infinita.)

CLARA. ¡Por la santa que fué tu compañera; por la que tanto te ha querido!...

(El Duque rompe en sollozos y abre los brazos. Clara se arroja en ellos.)

DUQUE. ¡Hija! ¡hija mía! ¡Llévate mi bendición! (El Conde y la Baronesa lloran. D. Félix contempla el grupo lleno de agitación extraña y señalándolo dice para sí con creciente entonación.)

FÉLIX. ¡Sin mí, habría sido siempre una mártir! ¿Lo habrá sido la que me dió el ser...? ¡Qué inefable consuelo encierra esta duda! Qué dulce es decir por vez primera: ¡yo te perdono, madre mía! ¡perdóname tú también! (D. Félix queda medio arrodillado sobre un sillón y dando espaldas á los demás. El Duque y Clara siguen abrazados. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 117458585

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de la *Administración*.

EXTRANJERO.

Francia: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARIS.—**Portugal:** *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. —**Italia:** *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILÁN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.